

# **APORTACIÓN AL ESTUDIO DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO DE LORCA Y SU COMARCA: LOS YACIMIENTOS PREHISTÓRICOS, DEL PALEOLÍTICO A LA EDAD DEL BRONCE**

*JORGE JUAN EIROA GARCÍA*

En el conocimiento del patrimonio arqueológico de Lorca y su comarca podemos distinguir claramente dos fases: una fase inicial, de erudición y primeros estudios, desde final del XIX hasta los inicios de la investigación desde la Universidad de Murcia, y una segunda fase que incluiría la investigación desde los departamentos universitarios y, sobre todo, a partir de la entrada en funcionamiento primero del Depósito Arqueológico Municipal y, después, del Museo Arqueológico Municipal de Lorca, en 1992, desde donde se han orientado la mayor parte de los trabajos arqueológicos en la comarca.

De la primera etapa destacan los trabajos de Eulogio Saavedra y Pérez de Meca, con «Recuerdos y timbres de Lorca» publicado en el Ateneo Lorquino, en 1873, o la importante obra «Mastia y Tarteso, y los pueblos litorales del Sudeste de España en la Antigüedad» publicado en Murcia, en 1929. El trabajo de Luis Gabaldón Campoy, autor de «Primitivos pobladores de Lorca», publicado en Revista Contemporánea, Lorca 1879, el mismo año del descubrimiento de la cueva de Altamira. Poco después, en 1890, Francisco Cánovas Cobeño, publicaba su obra «Historia de la Ciudad de Lorca», y el capítulo de «La Prehistoria» en el Liceo Lorquino, en 1897, coincidiendo con la publicación de «Antigüedades prehistóricas de Andalucía», de Manuel de Góngora, desde la cátedra de la Universidad de Granada. Por esa época los hermanos Siret se asentaban en Cuevas de Almanzora, e iniciaban, desde 1880, sus decisivos trabajos en el Sureste, algunos de ellos directamente vinculados a la comarca lorquina, como los de Parazuelos, Zapata, Ifre, Las Anchuras y Cueva Pernerías, yacimientos que hoy siguen siendo referenciales.

Durante las primeras décadas del siglo XX destacaron, entre otros, los trabajos de Francisco Cáceres Pla, Francisco Escobar, autor de la obra «Nuestros orígenes», publicada en Lorca en 1918 y, sobre todo, Joaquín Espín Rael, que desarrolló una ingente labor en los años 40, creando una importante colección de objetos arqueológicos (la colección del Fondo Espín), de la que se ha seguido obteniendo información hasta nuestros días.

La segunda fase se inicia a partir de la década de los 50, con los trabajos del profesor Cayetano de Mergelina, desde 1952, y posteriormente de Gratiniano Nieto Gallo, coincidiendo con la creación de la Asociación Cultural Murviedro. Sin embargo, la creación en 1978 de la Especialidad de Arqueología e Historia Antigua en la Universidad de Murcia fue decisiva, propiciando la formación de numerosos arqueólogos, muchos de ellos originarios de Lorca, que volcaron sus actividades profesionales en la comarca, iniciando una sistemática labor de investigación que resultó decisiva para el conocimiento del patrimonio arqueológico de Lorca. La creación, primero, del Depósito Municipal de Arqueología y, poco después, en 1992, del Museo Arqueológico Municipal de Lorca, dirigido por Andrés Martínez Rodríguez, con la asistencia de Juana Ponce García, ambos arqueólogos formados en la Especialidad de la Universidad murciana, ha supuesto un decisivo empuje a la actividad arqueológica en Lorca y su comarca, coordinada desde el Museo Arqueológico Municipal, con la decisiva actuación administrativa de la Dirección General de Cultura (Servicio de Patrimonio Histórico), de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, organismo que ostenta las competencias administrativas en cuestión de patrimonio arqueológico y que ha desarrollado en las últimas décadas una importante labor en el campo de la arqueología.

La riqueza arqueológica de Lorca y su comarca es tan considerable, que se ha convertido en uno de los centros de mayor interés en el Sureste español, especialmente en los períodos Calcolítico y Edad del Bronce, tal vez por ser estos donde más se ha volcado la reciente investigación.

## 1. PALEOLÍTICO Y EPIPALEOLÍTICO

El Paleolítico inferior se ha detectado en Río Turrilla, donde Ricardo Montes identificó materiales líticos de cierto interés: un núcleo discoide, un bifaz parcial, dos raederas, un raspador, una escotadura y diversas lascas, que apuntan a un Achelense Medio-Final, fechable hacia 200.000 - 100.000 B.P.

Pero el poblamiento prehistórico de la comarca de Lorca se empieza a conocer con más precisión a partir del Paleolítico medio, en el período Musteriense, del que poseemos datos a través de dos importantes yacimientos lorquinos: Cueva Perneras, en la costa, ya en los límites con Mazarrón; y los abrigos del Cabezo Negro, en el interior, junto a La Casica de Zarzilla de Ramos.

En Cueva Perneras hay un Musteriense con un índice de raederas bastante homogéneo y un elevado porcentaje de índice Levallois. Se trata de un hábitat costero, situado en un ambiente típico mediterráneo, en medio de una zona boscosa, con abundantes recursos naturales de plantas comestibles. Los habitantes de este refugio aprovecharon tanto estos recursos naturales del entorno terrestre como los que proporcionaba la proximidad al mar, ya que consumieron moluscos, lapas y mejillones especialmente<sup>1</sup>.

En los abrigos del Cabezo Negro, excavados entre 1995 y 1998, se alojó una pequeña población que vivió en un ambiente climático predominantemente cálido y seco, con

---

1 Montes Bernárdez, R. «Paleolítico medio en Murcia», en *Prehistoria de la Región de Murcia*, pp. 39-65, Universidad de Murcia, 1995.

abundantes recursos en el entorno, incluso de materia prima lítica, gracias a los abundantes afloramientos de sílex. La ocupación de estos abrigos rocosos debió desarrollarse en un único momento cronológico, siendo abandonados después, seguramente debido al aumento de aridez, que obligó al grupo a desplazarse, en busca de un lugar más adecuado. Sin embargo, parece que los abrigos volvieron a ser ocupados durante un corto período del Paleolítico superior, seguramente debido a una mejoría climática<sup>2</sup>.

No han podido asociarse restos humanos a estos yacimientos.

Se conocen evidencias del Paleolítico superior en el yacimiento de Alagüeces, a unos 15 km. al norte de Lorca, cerca del caserío de Zúñiga, en unos pequeños abrigos que se encaran al mediodía, donde se han detectado una serie de útiles sobre láminas y restos de talla de posible tipología solutrense y magdalenense, entre ellos varias puntas foliáceas, de retoque cubriente bifacial y una punta de flecha de pedúnculos y aletas, del tipo de las del Parpalló o Cueva Ambrosio. El Auriñaciense parece estar representado en el nivel V de Cueva Pernerías, directamente situado sobre el Musteriense tipo La Quina; el Perigordense, en la cercana Cueva de Las Palomas de Mazarrón; el Protosolutrense, en Los Tollos de Mazarrón y el Solutrense en Alagüeces, Lorca.

El Epipaleolítico es poco conocido en la comarca de Lorca, al igual que en el resto de la región de Murcia, y eso ha dificultado, hasta ahora, la elaboración de una hipótesis de trabajo para intentar explicar el posterior proceso de neolitización. Sin embargo, por lo que sabemos gracias a unos pocos yacimientos excavados en la región, el ambiente cultural de esta etapa no parece diferente al del resto del Sureste y, en general, de la costa levantina: conocemos algunas evidencias de un Epipaleolítico microlaminar o Epigravetiense tipo Mallaetes en la comarca de Jumilla (cueva del Monje y abrigo de Los Zagales), con abundantes laminitas de borde rebajado, elevado índice de raspadores y de buriles, que pudo existir también en zonas costeras, por ejemplo en Cueva Pernerías de Lorca, que ofrece bastantes laminitas de borde rebajado en sus niveles finales, y en la Cueva del Algarrobo (Mazarrón), cuyo Nivel 1 ofrece un momento inicial de este Epipaleolítico microlaminar con raspadores, laminitas de borde rebajado, buriles, piezas con truncaduras y retoque continuo y un triángulo isósceles con retoque abrupto; y un Epipaleolítico geométrico (o Epipaleolítico Reciente) tipo Cocina en Cueva del Búho (Mula), con algunos microlitos geométricos que ofrecen bastantes paralelismos con la cueva de Cocina (Dos Aguas, Valencia). Después, algunos yacimientos dispersos por toda la región (La Galera, Los Dentoles, Abrigo del Macho, Abrigo de La Atalaya...etc. en la costa de Cartagena; abrigo del Algarrobo, en Mazarrón; algunas evidencias en el Campo de Lorca y en el Barranco de la Hoz... etc.) parecen poner de manifiesto un poblamiento de cazadores-recolectores del final del Paleolítico<sup>3</sup>.

El deficitario conocimiento que tenemos de esta etapa en la comarca de Lorca, como en el resto del ámbito regional, se debe, esencialmente, a un vacío de investigación, ya que no parece lógico pensar en un verdadero vacío cultural, que supondría un absurdo en

2 Montes Bernárdez, R. y Rodríguez Estrella, T. «Los abrigos del Cabezo Negro, Lorca (Murcia). Campañas de 1994, 1995 (Addenda: Campaña 1996)», en *Memorias de Arqueología*, 1995, pp. 30-52, Murcia, 2002.

3 Martínez Andreu, M. «Paleolítico superior», en *Prehistoria de la región de Murcia*, Universidad de Murcia, 1994, pp. 67-113.

el espacio costero levantino, donde los yacimientos epipaleolítico son habituales desde Cataluña a la costa andaluza. Por eso es cada vez más conveniente el diseño de un programa de actuaciones arqueológicas, orientadas a documentar estos espacios culturales poco conocidos.

## 2. NEOLÍTICO

El Neolítico es una fase mejor conocida, sobre todo en sus fases finales del Neolítico final y la transición al Calcolítico antiguo, persistiendo un déficit de información para las etapas iniciales del período.

Sabemos que sobre el sustrato epipaleolítico regional incidieron dos influencias culturales directas: por el norte y por la costa, la influencia del Neolítico cardial de la región Valenciana, a partir de 5.000 a. de J.C., aproximadamente, y, por el sur, la de las cerámicas incisas e impresas no cardiales del ámbito andaluz, sin que debamos descartar la presencia de yacimientos «neolíticos puros» que bien pudieron ser consecuencia de contactos internos o de influencias mediterráneas y que, por el momento, no podemos confirmar arqueológicamente, salvo que tomemos en consideración asentamientos del tipo de Cerro de las Viñas, Chorrillo Bajo, Virgen de la Salud (los tres en Lorca), Cabezo del Plomo (Mazarrón) y El Capitán (Mula) y supongamos que este tipo de asentamientos permanentes pudieron tener precedentes, aún no bien conocidos en el territorio.

Más problemático es el yacimiento identificado en Cabo Cope (Águilas), en la denominada cueva C-6, donde se identificaron en 1984 restos de un asentamiento clasificado como neolítico y eneolítico, con restos humanos de un individuo joven, de unos 5 años, asociado a una escasa industria lítica pulimentada y a fragmentos de cerámica elaborada a mano, de filiación eneolítica, aunque algún fragmento puede ser neolítico<sup>4</sup>.

Causa extrañeza, sin embargo, que una zona tan bien dotada como la comarca lorquina, situada en un frente costero en el que parece lógica una implantación de agricultores y ganaderos, y con una población posterior calcolítica tan importante, no haya documentado una población neolítica previa de mayor entidad, sin la que no se puede justificar la importante ocupación posterior. Todo indica que el aparente vacío cultural del Neolítico en la comarca es, más bien, un vacío de investigación que, sin duda, debe plantearse para el futuro de la investigación arqueológica en Lorca.

Dentro de la fase debemos destacar el descubrimiento de los abrigos con pinturas de estilo levantino de El Mojado, lamentablemente perdidos hoy, que denotan la penetración hasta estos territorios de las corrientes artísticas y, por añadidura, religiosas o ideológicas, que conlleva el arte pictórico del Epipaleolítico y Neolítico. Hasta el momento es esta una de las manifestaciones más meridionales de esta tendencia artística, contando con la cronología algo posterior del conjunto almeriense de Chercos y Peña Labrá.

En el estado actual de la investigación, cabe asignar especial importancia el foco del sur del área levantina (la actual provincia de Alicante), donde se está definiendo un núcleo de cierta importancia en el Neolítico antiguo, de evidente origen foráneo, puesto

---

4 Martínez Sánchez, C. «El Neolítico en Murcia», en López, P. *El Neolítico en España*, Ed. Cátedra, Madrid, 1989, pp. 167-194.

que sus manifestaciones (industria lítica, cerámicas impresas, especies domésticas, arte macroesquemático) no parecen tener antecedentes en el anterior horizonte epipaleolítico local. La influencia que este foco pudiera haber tenido sobre los territorios murcianos está aún por definir.

Si hace unos pocos años se pensaba que Murcia era un vacío en el horizonte de las cerámicas impresas cardiales, hoy las tenemos confirmadas en varios yacimientos: abrigo del Domingo (Moratalla), río Quípar (Cehegín), abrigo Grande de Los Grajos (Cieza) —con una datación absoluta de 5.250 a. de J.C.—, Cueva de los Secos (Yecla), Hondo del Cagitán (Mula), si bien es cierto que parecen ofrecer cronologías algo más tardías que en la zona alicantina, donde la datación más elevada es la de Cova de l'Or, 4.680 ± 290 a. de J.C., (observando con dudas la fecha más elevada que ofrece la Cova de les Cendres: 5.590 ± 140 a. de J.C.), y que en Andalucía, donde el horizonte de las cerámicas impresas cardiales se suele fechar entre 4.800 y 4.500 a. de J.C., aproximadamente. En el abrigo del Domingo, la cerámica cardinal aparece con otros fragmentos incisos y con decoración plástica, alguna ya eneolítica, por lo que se supone una larga ocupación del abrigo, que está asociado a pinturas rupestres de estilo levantino; en el abrigo de Los Grajos ocurre algo semejante, mientras en Quípar y Cueva de los Secos aparece en superficie y en Cagitán asociada a otras del Neolítico antiguo. De estos yacimientos, sólo Los Grajos ha sido excavado, permaneciendo inéditos Quípar y el Domingo e inidentificable El Cagitán, que se conoce por hallazgos antiguos en superficie.

En cuanto a los materiales cerámicos, existe una cierta variedad de formas y técnicas decorativas. Aparte de las cerámicas impresas con cardium, las hay impresas con otros procedimientos (Sierra de la Puerta, Cueva de la Serreta, Cueva del Calor, El Cagitán, Abrigo de los Grajos, Los Tollos, Cueva de los Mejillones...), incisas (Cueva de los Pájaros, Cueva de los Mejillones, Cueva de la Serreta, Sierra de la Puerta, Cueva del Calor), peinadas (Calblanque, Cueva de los Mejillones), esgrafiadas (Sierra de la Puerta), con asas pitorro (Sierra de la Puerta), con engobe a la almagra (Las Amoladeras, Sierra de la Puerta, La Serreta, El Capitán, Cerro de las Viñas, Chorrillo Bajo y La Salud, estos tres últimos en Lorca) y con decoraciones plásticas en numerosos yacimientos.

El hallazgo de evidencias de una ocupación neolítica alcanza especial interés en aquellos yacimientos en los que se hay también evidencias de arte postpaleolítico, como ocurre en el Abrigo de Los Grajos, Abrigo del Domingo y en la Cueva-sima de La Serreta. Los recientes trabajos de J. Salmerón en La Serreta de Cieza han identificado niveles neolíticos intactos, entre 1990 y 1993. En la última campaña y bajo un enlosado de rocas traídas del exterior de la cueva (sobre el que se sitúa un nivel romano) se identificó un estrato neolítico inalterado en el que se han detectado abundantes restos de fuego entre los que había fragmentos de vasijas de formas globulares con bordes entrantes y rectos, cucharas, cuencos hemisféricos y otros de formas abiertas, generalmente de tamaño mediano y grande. Los bordes de los labios son mayoritariamente redondeados, planos, semiplanos, biselados, labiados y redondeados-apuntados; las paredes, de perfiles convexos o rectos, carenados y cóncavos, que podrían tener cuello. Las suspensiones: asas de cinta, anulares y perforaciones. La mayor parte de los fragmentos están sin decorar, pero otros tienen decoraciones incisas de bandas verticales paralelas o espiguillas horizontales y otros fragmentos con engobe a la almagra. Uno de los fragmentos de un fondo, con restos de

colorante rojo en su interior, tiene un motivo decorativo inciso en forma de ídolo radiado, semejante al de la pintura rupestre del área 2 de la cueva, lo que permite, en principio, relacionar la ocupación neolítica de La Serreta con sus pinturas de estilo levantino. En otra zona de la cueva se encontró un molino de mano, con su mano, y fragmentos de colorante rojo.

Hasta el momento, por falta de secuencias estratigráficas sobre todo, en Murcia no se ha podido establecer una diferenciación significativa de los contextos epipaleolíticos y neolíticos en aquellos yacimientos donde ambos aparecen. Las diferencias más notables suelen establecerse, en otras áreas, en el apartado lítico, ya que los tipos más significativos de las series neolíticas (láminas y laminillas extraídas de núcleos prismáticos y piramidales, cortadas con fracturas de percusión o flexión, a veces retocadas o con muescas y denticuladas, truncaduras, escasos elementos geométricos, algunos elementos de hoz con evidentes huellas de uso y pátina de cereales) suelen ser sensiblemente distintos de los tipos que componen las series del Epipaleolítico Geométrico de facies Cocina I o de las industrias de las facies más o menos contemporáneas al Neolítico cardial (Cocina II-III), en las que se observa el empleo de la técnica del microburil y los retoques de doble bisel en las piezas de sección trapezoidal, prácticamente ausentes en la tipología neolítica, por lo que cabe deducir que los geométricos neolíticos proceden de complejos diferentes a los que conforman el Epipaleolítico mediterráneo peninsular. Sin embargo, cabe suponer, si hacemos caso a las escasas evidencias que poseemos (Los Grajos, San Ginés de la Jara, Cueva del Búho) que no debió ser diferente.

En sentido contrario, queda por delimitar estratigráficamente la fase final del Neolítico y el inicio del Eneolítico / Calcolítico, tanto en asentamientos al aire libre como en cueva. Hasta ahora, la única evidencia es la que aporta el nivel V de la Cueva del Calor, en el que se ha definido una ocupación neolítica con cerámicas significativas y una industria lítica de láminas, laminillas, lascas y algún microlito, previa a la ocupación eneolítica, situada inmediatamente encima. Sin embargo, la reducida zona excavada (que parece pertenecer a un depósito de basuras), así como la «escasa y difícil valoración de los datos que presenta la Cueva del Calor», no ha permitido extraer conclusiones que podamos utilizar en una generalización como la que hacemos.

En la comarca de Lorca cuatro yacimientos marcan con claridad el proceso de neolitización: por un lado, el Cerro de las Viñas<sup>5</sup>, cuyas fases más importantes parecen ser las de Calcolítico y Edad del Bronce, pero con una posible ocupación durante el Neolítico final, que ponen de manifiesto algunos materiales arqueológicos, como las cerámicas peinadas, acanaladas, incisas, esgrafiadas y con tratamiento «a la almagra», aunque con ausencia de cardiales que señalen una ocupación más antigua. La presencia de algunos fragmentos de pulseras de piedra caliza pulimentada parece indicar un inicio del doblamiento en el Neolítico medio.

Por otro lado, en Chorrillo Bajo, la presencia de cerámicas con tratamiento «a la almagra» parece indicar un Neolítico final, ya en plena transición al Calcolítico antiguo.

---

5 Ayala Juan, M.M., Jiménez Lorente, S., y Gris, L.: «Asentamientos permanentes de agricultores y ganaderos del Sureste peninsular. El Cerro de las Viñas y el Chorrillo Bajo, dos poblados neolíticos de Lorca», *Verdolay*, 7, pp. 41-57, Murcia, 1995.

En el propio casco urbano de Lorca se ha excavado más recientemente un amplio solar en la Glorieta de San Vicente en el que han sido detectados un total de 23 estructuras entre las que abundan los silos directamente excavados en el suelo y generalmente de forma circular, algunos con paredes acondicionadas con arcilla o con estructuras internas para la sujeción de un contenedor de cerámica. La mayor parte parecen silos para la conservación de alimentos, aunque algunos fueron reutilizados con fines funerarios<sup>6</sup>. El conjunto, para el que se propone una cronología entre el final del Neolítico y principios del Calcolítico, tiene el aspecto de uno de estos poblamientos en llano, dedicado a la explotación agrícola en una zona próxima al cauce del río Guadalentín, a su paso por Lorca. Los paralelismos con La Salud, tanto en ambiente arqueológico como en materiales, son evidentes.

Y, por fin, el poblado de la Virgen de la Salud, al que haré referencia más adelante.

Este tipo de yacimientos, que deben ser más frecuentes en el ámbito regional, habrían sido clasificados en el Eneolítico hace unos pocos años. Sin embargo, la excavación del cerro de la Virgen de La Salud (Lorca), parece haber marcado una pauta en la interpretación de este tipo de evidencia.

### 3. NEOLÍTICO FINAL Y CALCOLÍTICO

Desde que cayó en desuso el término Neo-Eneolítico, la utilización del término Eneolítico ha pretendido denominar una etapa, diferenciada del Calcolítico propiamente dicho, en la que pese a existir un modelo de sociedad en la que se dan prácticamente todas las premisas que definirán la etapa siguiente, falta, sin embargo, la metalurgia del cobre. Así, se ha venido denominando Calcolítico o Edad del Cobre a un período del III milenio a. de J. C. en el que aparecen y se desarrollan las técnicas de fabricación de útiles metálicos de cobre, aunque en realidad no sea un período uniforme desde el punto de vista arqueológico y el cobre sea sólo un elemento minoritario que aparece casi siempre como un signo de prestigio y poder, en un ambiente de creciente complejidad social, ya que su uso no llegó a modificar el modelo de vida de forma notable sino hasta algo después. Su inicio puede situarse a mediados del III milenio a.C. y su culminación la marca la aparición del vaso campaniforme, sin que exista solución de continuidad con el inicio del Bronce antiguo.

En realidad, muchos de los asentamientos que habitualmente estábamos encuadrando en el Eneolítico, ofrecen rasgos culturales que ponen de manifiesto un claro continuismo de tradiciones propias del Neolítico final, como vemos, por ejemplo, en el asentamiento de La Salud (Lorca), que excavamos entre 1987-88, donde las cerámicas a la almagra, las industrias lítica de marcada tradición epipaleolítica mediterránea, la industria ósea, la total ausencia de metal y hasta la propia configuración del asentamiento (unas pocas cabañas de planta circular hechas, esencialmente, de material lígneo), ofrecen más bien el aspecto de una aldea de agricultores y ganaderos del Neolítico final que el de un poblado calcolítico, aun cuando la cronología absoluta (2.300 a. J.C. estándar; 2.708 a. J.C. calibrada) ofrezca una fecha algo tardía. Algo semejante apreciamos en Las Amoladeras del Mar

---

6 García, L.A., Martínez, C. y Ponce, J. «Excavaciones arqueológicas en la Glorieta de San Vicente (Lorca)», *XIII Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología Regional*, D. G. De Cultura. Murcia, 2002, pp. 20-21.

Menor, donde se asentó una aldea en las cercanías de la playa de Los Mares, en una zona donde eran abundantes los recursos naturales, la pesca y el marisqueo, sobre todo. Allí, los materiales arqueológicos denotan también el mantenimiento de tradiciones anteriores: cerámicas toscas, industria lítica de láminas y laminitas de secciones triangulares y trapecoidales, armaduras para flecha, dientes de hoz, hachas pulimentadas y algunos molinos de mano que documentan la utilización del grano de cereal, cultivado seguramente en la zona llana cercana a las actuales salinas. Tampoco allí hay metal y el hábitat está formado por un pequeño número de cabañas semejantes a las de La Salud. La cronología absoluta fecha el yacimiento en 2.750 a. de J.C.

La aldea prehistórica de la Virgen de la Salud debe ser encuadrada en un marco cronológico bastante amplio, desde el primer tercio del III milenio a. de J.C. hasta finales del mismo, desarrollándose su plenitud hacia mediados del III milenio a. de J.C. La evaluación global de la datación absoluta obtenida del silo o depósito del asentamiento ofrece un intervalo entre 2700 y 2300 a. de J.C., aunque somos conscientes de que se trata de una única fecha que haría referencia a un momento determinado en la vida del poblado. Sin embargo, los materiales arqueológicos ofrecen otras posibilidades que también pretendemos evaluar.

La aldea, de ambiente agrícola, ganadero y de explotación del medio, se situó en un ambiente natural de las estribaciones más avanzadas de las laderas de la unidad de Mesa Cortada, en el conjunto de la Sierra de la Tercia, caracterizada por sus fuertes pendientes y escarpadas colinas, que suelen tener una cima amesetada. En una de estas cimas se situó la aldea de La Salud, rodeada de ramblas que descienden hacia el valle del Guadalentín por la vertiente oeste.

Aunque la cuenca hidrográfica más próxima a La Salud es, por el oeste, el río Guadalentín, hacia éste confluyen poderosas ramblas procedentes de la Sierra de la Tercia, entre las que destaca la Rambla del Saltador, que discurre muy próxima al asentamiento, por su lado norte, asegurando el abastecimiento de agua y el embalse de reservas en pozas naturales.

A lo largo del III milenio a. de J.C. el clima predominante en la zona debió ser mediterráneo templado-húmedo, no tan seco como el actual, lo que produciría una cobertura vegetal más compacta, con más masa forestal, adaptada a las diferentes altitudes del escarpado terreno de Mesa Cortada y Sierra Espuña. Sería un clima de media altura, submediterráneo, caracterizado por inviernos bastante más fríos que los actuales y veranos secos, lo que produciría un ambiente termófilo y xerófilo, con un tipo de fauna salvaje que parece hacer referencia a un paisaje boscoso y algo más húmedo que el actual, sobre todo en las zonas altas de las estribaciones serranas próximas al yacimiento. El panorama actual, sin embargo, es bien distinto, por cuanto el clima y la deforestación han contribuido notablemente a que la erosión y transporte en forma de arrastramiento tenga un elevado valor geomorfológico en la configuración del paisaje, pese a los notables intentos recientes de reforestación desarrollados en la zona.

La Rambla del Saltador, que cruza a los pies del cerro de La Salud, por el norte, desempeñó un notable papel como camino natural de penetración desde el valle del Guadalentín hacia el interior y hacia las vertientes serranas. En el entorno de la rambla se situaron tierras de explotación agrícola, que aprovechaban su ocasional aporte de agua.

La fauna salvaje no ha variado demasiado, salvo por la extinción de algunas especies, como el oso pardo y el lobo, presentes hasta el siglo XIX. Predominan lagomorfos y aves, ciervo, gineta, gato montés, cabra montés y jabalí en las zonas altas de Sierra de la Tercia, aumentando en Sierra Espuña con ardilla, lagarto ocelado, halcón peregrino, águila perdicera, aves esteparias, salamandras, gallipatos, comadrejas y tortuga mora, lo que hace pensar que la fauna salvaje de la Sierra de la Tercia no debió ser muy diferente, dada su proximidad y ambiente, en época protohistórica.

Por lo tanto, a lo largo del III milenio a. de J.C. parece que había una mayor humedad ambiental y más precipitaciones, que junto al modelado del paisaje menos erosionado y con menor grado de deforestación, ofrecía un aspecto bastante menos árido, acentuándose la desecación a partir del Bronce pleno, hasta configurar un clima semejante al actual. Este fenómeno de aumento de las temperaturas es sincrónico con el marcado fenómeno atmosférico general de Europa, según los indicativos climáticos que podemos utilizar para el período.

No debemos olvidar el efecto que, a través del tiempo, ha tenido la acción antrópica en la zona, propiciando, hasta época histórica, un lento pero inexorable proceso de deforestación que sólo en época reciente ha tenido su contrapunto, a partir de los planes regionales de repoblación forestal, que han afectado muy directamente al área del poblamiento prehistórico de La Salud, provocando efectos contradictorios, ya que sí, por una parte, ha propiciado la regeneración parcial del medio, por otra ha removido y eliminado una buena parte del contexto arqueológico del yacimiento.

Lo mismo podemos decir de las zonas bajas del valle del Guadalentín próximas al enclave: las obras de infraestructura y las explotaciones agrícolas y ganaderas han transformado el paisaje hasta tal punto que hoy es difícil identificar algunos de los yacimientos arqueológicos catalogados en el área, de fácil identificación hasta hace poco tiempo, mientras que otros han desaparecido por completo.

Pese a todo, parece evidente que la elección del lugar de ubicación del asentamiento prehistórico de La Salud era idónea, en el contexto de un paisaje que reunía las condiciones necesarias para la supervivencia, a través de un modelo económico en el que primaron las actividades agropecuarias, que se complementaban con la utilización de los recursos naturales del entorno. Hubo, pues, una perfecta adaptación del hábitat al medio.

Esta simbiosis entre los pobladores de La Salud y el medio ambiente se hace patente tras la aplicación de los principios básicos del estudio de las áreas de captación de recursos (S.C.A.), a través del cual hemos visto cómo el emplazamiento del poblado pudo permitir a sus habitantes la utilización sistemática de diversos recursos básicos, al tiempo que permitió la práctica de una agricultura cerealista, utilizando el sistema de barbecho sectorial en régimen de rotación de cultivos, posiblemente de año y vez, así como la explotación de los pastizales y recursos forestales serranos, para el mantenimiento de una cabaña ganadera, esencialmente de ovicápridos, tal vez en régimen de trashumancia básica temporal.

El asentamiento de la Virgen de la Salud de Lorca forma parte de una serie de poblados semejantes situados en las dos márgenes del valle del Guadalentín, a lo largo de su recorrido entre Lorca y Murcia, donde el río se une al Segura. Desde el Neolítico final y especialmente durante el Calcolítico, la vega del Guadalentín fue ocupada por una población que se distribuyó a lo largo de las márgenes del río, ocupando las zonas más

adecuadas para el cultivo agrícola y la explotación de cabañas ganaderas, situándose en asentamientos de diversa entidad, preferentemente sobre zonas elevadas desde las que se dominaban amplios espacios. Esta tendencia se incrementó después, durante la Edad del Bronce y la época ibérica dando lugar a la formación de importantes núcleos de población, de los que la Bastida de Totana es el ejemplo más notable.

Algunos de los núcleos de población pudieron empezar a formarse durante el Neolítico pleno, aunque de ellos existan pocas evidencias arqueológicas, como es el caso del Hondo del Cagitán (Mula), buscado varias veces con intensas prospecciones arqueológicas, infructuosamente<sup>7</sup>. Durante el Neolítico final esta tendencia se incrementó como una consecuencia de la expansión cultural de fines del IV milenio a. de J.C., cuando se produce la aparición y rápido desarrollo de los poblados al aire libre, cuyos precedentes hay que buscar en la plenitud del período.

Inicialmente estos asentamientos estuvieron formados por un pequeño núcleo de cabañas situadas en zonas previamente seleccionadas con detenimiento, atendiendo a sus características ecológicas, sobre todo, capaces de albergar a un número reducido de habitantes, que se dedicaban preferentemente a las actividades agropecuarias básicas, además de a la recolección y a la caza.

En algunas áreas debió seguir vigente el hábitat en cuevas, como vemos, sobre todo, en Andalucía, donde las cuevas con ocupaciones del Neolítico final (El Parralejo y La Dehesilla —Cádiz—, Nerja —Málaga—, La Carigüela de Piñar —Granada— y otras)<sup>8</sup> siguen ocupadas en la fase de transición al Calcolítico antiguo. En Murcia y Albacete<sup>9</sup> y Comunidad Valenciana<sup>10</sup> también se dio este fenómeno y, aunque en menor medida que en área andaluza, también existen evidencias de la pervivencia del hábitat en cuevas de posible raigambre neolítica.

Como he sugerido en otras ocasiones<sup>11</sup>, en Murcia es posible establecer hoy dos grados diferentes en el proceso de desarrollo de los asentamientos calcolíticos: En primer lugar, el de los poblados fortificados, como Bajil, Murviedro, Campico de Lébor y otros. Suelen estar relacionados con el megalitismo, presente en los cuatro mencionados, así como con la metalurgia. En dos los mencionados (Lébor, Bajil y Murviedro) aparece campaniforme; en Lébor hay importaciones de objetos de lujo y en todos ellos rasgos de concentración de riqueza. Tanto la presencia de importantes obras de fortificación como de sepulcros megalíticos pueden interpretarse como rasgos indicativos de una tendencia a una mayor jerarquización de la sociedad y a la paulatina aparición de sistemas de jefaturas estables, cuya culminación veremos en el Bronce antiguo. La situación geográfica de estos asentamientos parece indicar una intencionalidad clara de control territorial y de

---

7 Eiroa, J. J. «El Neolítico», en *Historia de la Región de Murcia: La Prehistoria*, Universidad de Murcia, 1994, pp. 115-137.

8 Pellicer, M. y Acosta, P. «El Neolítico antiguo en Andalucía oriental», en *Le Néolithique Ancien Méditerranéen*, Actes du Colloque International de Préhistoire. Montpellier, 1981, pp. 49-60.

9 Hernández Pérez, M. S. «El poblamiento prehistórico de Albacete. Estado actual y perspectivas de futuro», *Congreso de Historia*, Vol. I, I.E.A., Albacete, 2002, p. 14.

10 Corral, M. y Rubio de Miguel, I. «El asentamiento humano como indicador del cambio cultural. El caso de la Región Valenciana», *CuPAUAM*, 15, Madrid, 1988, p. 13.

11 Eiroa, J. J. *Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*; Universidad de Murcia, 1989; pp. 64-65.

caminos naturales, y la presencia de murallas, obras de acondicionamiento y megalitos parecen indicar una larga permanencia en el mismo lugar y la longevidad de los poblados. De hecho, Bajil es uno de los pocos poblados de la época tuvo continuidad en el Bronce antiguo. Igualmente es común en ellos la posibilidad de establecer paralelismos tipológicos de distintos rasgos (murallas, objetos de lujo, metal...) con el grupo de Almería. En estos poblados las actividades son muy variadas, ya que junto a la sistemática explotación del medio, desde el punto de vista agrícola y ganadero, se practican diversas actividades industriales y artesanales que ratifican la tendencia al incremento de la especialización de funciones.

En segundo lugar, los poblados sin fortificar, de menor entidad, que se sitúan en lugares elevados, sólo defendidos por la orografía (El Capitán y La Salud —Lorca—), o en parajes adecuados a un específico tipo de actividad (El Prado de Jumilla, Las Amoladeras del Mar Menor). Son pequeños poblados en los que las tradiciones culturales locales, sobre todo desde el Neolítico final, tienen mucha fuerza. En ellos la presencia del metal es excepcional o no se detecta; tampoco el vaso campaniforme y muy raramente objetos de lujo importados. Y aunque en algún caso es posible vincular poblado y cueva sepulcral natural, no sin problemas, como vemos en La Salud, el megalitismo está ausente, sobre todo en sus manifestaciones externas más monumentales.

En estos poblados se practican agricultura y ganadería, en algunos casos como actividades que incluso llegan a justificar la selección del asentamiento (El Prado de Jumilla), así como otras actividades complementarias entre las que la caza parece esencial. Por otra parte, ninguno de estos poblados tiene continuidad en el Bronce antiguo.

En estos dos grupos de asentamientos se aprecian rasgos comunes, como: la intencionalidad de dominar el medio de la mano de los avances tecnológicos; el notable cambio (más acusado en unos que en otros) con respecto a la etapa anterior, sobre todo desde el punto de vista urbanístico, ya que no conocemos precedentes para ellos; la generalización de la economía agropecuaria, que es básica en todos ellos; el afianzamiento sobre el terreno y la estabilidad de la permanencia en él; la situación en zonas y lugares estratégicamente seleccionados... etc.

Al finalizar el Calcolítico todos estos poblados desaparecen, con la excepción de Bajil (Moratalla), donde los trabajos arqueológicos han demostrado la continuidad entre el Calcolítico final y el Bronce antiguo, y Murviedro (Lorca), donde parece evidente la continuidad del poblamiento, en el mismo lugar o en las proximidades, durante el Bronce argárico, el bronce tardío y el Bronce final<sup>12</sup>.

Desde el punto de vista cronológico y cultural, en la base del estudio de esta transición entre el Neolítico final y los inicios del Calcolítico, se sitúa el viejo problema del paso de la denominada «Cultura de Almería» a las primeras fases del Calcolítico de Los Millares (Almeriense I, II, II/III-III, Calcolítico de Millares I), que tal vez pueda apreciarse bien en yacimientos andaluces del tipo de Terrera Ventura (Tabernas), en el que los trabajos de Gusi han demostrado su larga duración (más de 700 años) entre 2850-1950 a. de J.C.<sup>13</sup> y

12 Eiroa, J. J. *La Edad del Bronce en Murcia*, Real Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 2004, p. 140.

13 Gusi i Jener, F. *El poblado neoeneolítico de Terrera-Ventura (Tabernas, Almería)*; E.A.E., 160, Madrid, 1991, p. 280.

ofrecen la posibilidad de interpretar cómo un grupo cultural del Neolítico final se asienta sobre un territorio próspero, originando una aldea que se convierte en poblado con el paso del tiempo, a lo largo de la primera mitad del III milenio a. de J.C. durante las fases I y II del asentamiento. Su excavador ha aportado la idea de que es posible pensar, no sin reservas, que «los complejos neolíticos de la Andalucía oriental, establecidos al aire libre y también en cuevas, pudieron ser sincrónicos entre sí a fines del IV milenio, o incluso antes», planteándose el problema de si estos grupos sedentarizados al aire libre pudieron convivir con otros, habitantes de las cuevas. Estas fases I y II serían contemporáneas a fases semejantes en Tres Cabezos, La Gerundia y El Tarajal<sup>14</sup>. En todo caso, el medio debió influir de forma decisiva, aunque no conozcamos bien los mecanismos socioeconómicos que lo impulsaron.

Una cuestión semejante se plantea en Las Peñas de los Gitanos de Montefrío (Granada), donde igualmente se aprecia una continuidad clara entre el asentamiento del Neolítico final y el de los inicios del Calcolítico, en sus fases II y III<sup>15</sup>. Por fin, deben mencionarse los trabajos en Ciavieja (El Ejido, Almería), donde se ha detectado una primera fase de ocupación que encierra muchos paralelismos con lo que apreciamos en La Salud, puesto que se trata de un primer asentamiento de fuertes tradiciones neolíticas, durante el neolítico final, con dos silos de estructura semejante al hallado en La Salud y otros seis hoyos o silos menores, distribuidos por un espacio habitable llano, en el que se ha determinado un claro sustrato indígena de carácter neolítico, que define la primera fase del asentamiento, inmediatamente anterior a la siguiente del Calcolítico antiguo<sup>16</sup>. Tanto la estructura de este primer asentamiento de Ciavieja como los materiales arqueológicos, donde se aprecian también cerámicas con aguadas rojizas y elementos líticos de tradición neolítica, guardan notables paralelismos con el yacimiento lorquino.

El conocimiento de la Cultura de Almería tiene su punto de partida en los trabajos de P. Bosch Gimpera, tras el estudio de numerosos materiales reunidos por L. Siret. Bosch proponía la idea de la existencia de un Neolítico final muy desarrollado en todo el Sureste peninsular, caracterizado por las cerámicas lisas con formas monótonas y de pequeño tamaño, así como por los sepulcros circulares, propuesta que criticaron tanto M. Tarradell como M. Pellicer, poniendo en duda la adscripción cultural de los pequeños sepulcros circulares<sup>17</sup>. Años después, tras los trabajos de A. Arribas y F. Molina en Los Castillejos de Montefrío y los de Terrera Ventura, el carácter neolítico final de la Cultura de Almería volvió a tomar fuerza, aunque años después surgieran serias dudas acerca de la adscripción neolítica de su contexto funerario<sup>18</sup>.

14 Gusi i Jener, F. Op. Cit. p. 281.

15 Arribas, A. y Molina, F. «El poblado de Los Castillejos en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Campaña de excavaciones de 1971. El corte núm. 1». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2. Granada 1978.

16 Carrilero, M. y Suárez, A. «Excavaciones arqueológicas en Ciavieja (El Ejido, Almería): Nuevas aportaciones al comienzo de la metalurgia en el Sudeste de la Península Ibérica»; en Kunst, M. (Coord.). *Origens, estruturas e relações das culturas calcolíticas da Península Ibérica*; Actas das I Jornadas Arqueológicas de Torres Vedras de 1987, Torres Vedras, 1995, pp. 199-215.

17 Pellicer, M. «Las civilizaciones neolíticas hispanas», en Gómez Tabanera, J. M. (Ed.): *Las raíces de España*, Madrid, 1962; pp. 27-46.

18 Acosta, P. y Cruz, R. «Los enterramientos de las fases iniciales de la Cultura de Almería», *Habis*, 12, Sevilla, 1981. Pp. 275-360.

Mientras no conozcamos bien la evolución interna de la Cultura de Almería, y sobre todo en su área geográfica epónima, no podremos explicar de forma convincente este momento de transición. W. Schüle, en un trabajo en el que reiteraba sus tesis orientalistas, volvió a confirmar su convicción del origen mediterráneo de la Cultura de Almería<sup>19</sup>, pero J. Guilaine, en su conocida exposición sobre la cronología del Neolítico del occidente de Europa, incluye el Almeriense en el Neolítico final, aclarando, sin embargo, en trabajos posteriores, que a esa etapa «los autores españoles ya la denominan Eneolítico»<sup>20</sup>. Sirva este aspecto como ejemplo del confusionismo existente hasta hace poco en torno al tema. Sin embargo, es más que posible que el sustrato sobre el que se asentó la Cultura de Almería, mal conocido todavía, fuese fundamental para interpretar la aparición y expansión de este poblamiento de buena parte del Sureste, durante la transición desde el Neolítico final a los inicios del Calcolítico.

En Murcia debió ocurrir algo semejante, aunque nuestros datos sean más escasos. Sin embargo, poblados del tipo de La Amoladeras, en La Manga del Mar Menor, ofrecen rasgos que invitan a pensar en una evolución similar. Pese a la datación absoluta obtenida en el yacimiento (2750 a. de J.C.), elevada, en todo caso, creemos que se trata de un asentamiento (o de varios) tan extenso que bien pudo haber tenido diversas áreas habitadas en fases diferentes, de las que conocemos una en un espacio que debe representar, aproximadamente, el 1/100 de su extensión. Los materiales arqueológicos ofrecen rasgos muy arcaicos, sobre todo la industria lítica y la cerámica, y los «fondos de cabañas» localizados ponen de manifiesto la existencia de una población muy dispersa, en un área muy amplia que ofrecía innumerables recursos para la subsistencia<sup>21</sup>. Por eso creemos que más que ante un poblado, estamos ante un grupo de asentamientos reducidos, muy posiblemente familiares, que se distribuían por toda la lengua arenosa del inicio sur de La Manga, desde Cabo de Palos hasta la altura de la Isla del Ciervo. Su raíz es neolítica, aunque es posible que su fase final llegue hasta comienzos del Calcolítico. En todo caso, los pocos datos existentes y la limitada zona excavada no permiten hoy mayores precisiones. El contexto arqueológico ofrece el aspecto de una población autóctona del Neolítico final, conservadora en todas sus tradiciones, incluso en su forma de explotar el medio, que debemos relacionar con los grupos neo-eneolíticos de las antiguas terminologías, es decir, de la fase de transición entre el Neolítico final y los inicios del Calcolítico, ya que se trata de un tipo de poblaciones en las que hay que buscar ese complejo momento de la transición entre una fase y otra.

En los inicios del III milenio a. de J.C. el hábitat al aire libre se ha generalizado en el Sureste y en Murcia, con una rica variedad formal en sus aspectos materiales. Algo parecido ocurre en las tierras alicantinas del Bajo Segura y en el corredor y Bajo Vinalopó y campo de Alicante, donde se han detectado asentamientos similares de ocupación en llano, en un entorno natural de tierras bajas de ribera o de marismas, como se aprecia

---

19 Schüle, W. «El Cerro de la Virgen de la Cabeza, Orce (Granada): Consideraciones sobre su marco ecológico y cultural», en *Homenaje a Luis Siret*; Consejería de Cultura, Sevilla, 1986, p. 210.

20 Guilaine, J.: «Systèmes chronologiques et séquences culturelles des civilisations néolithiques et proto-historiques de la France», en *La Préhistoire Française*, 11, París, 1976, págs. 18 y ss.

21 García del Toro, J. «El hábitat eneolítico costero-mediterráneo de Las Amoladeras (Cabo de Palos)», *C.N.A.*, 18; 1985; pp. 271-283.

en yacimientos del tipo de Canyada Joana (Crevillente, Bajo Vinalopó), La Bernarda (Rojales, Bajo Segura) y Playa del Carabassí (Arenales del Sol, Elche)<sup>22</sup>, para los que, a tenor de los materiales arqueológicos detectados, se propone una cronología entre el Neolítico final y los inicios del Calcolítico, como consecuencia de las transformaciones sociales y económicas que experimentan los grupos situados en esas áreas en esta fase de transición. Bien conocidos son los casos de Casa de Lara y La Macolla, en el Alto Vinalopó, así como algunos otros asentamientos al aire libre en la cuenca alta y media del río Alcoi (Alicante), en los que se han identificado silos y fosos, fechados en la transición del Neolítico final al Calcolítico<sup>23</sup>.

Después de los trabajos de campo de las dos últimas décadas en la Región de Murcia (excavaciones de Cabezo del Plomo, El Prado de Jumilla, Las Amoladeras, La Salud), así como con el conocimiento de las evidencias del megalitismo, incrementadas notablemente en los últimos años (El Capitán, Murviedro y Piedras de Vergara —Lorca—; Bajil —Moratalla—; Cabezo del Plomo —Mazarrón—; Cueva Sagrada I a IV; Agua Salada —Cehegín— etc.), el panorama empieza a conocerse algo más, pese a sentirse la ausencia de un programa regional de carácter interdisciplinar destinado al estudio global de la etapa.

El poblamiento calcolítico en Murcia parece responder a una ocupación selectiva del territorio, ya que los poblados se sitúan en zonas generalmente aptas para el laboreo agrícola, cercanas a cursos de agua (ríos o ramblas) y, al mismo tiempo, no muy alejados de áreas de pastos y caza. Hay yacimientos de mineral de cobre directamente vinculados a poblados (como en Cabezo del Plomo o La Salud) o, en todo caso, nunca quedan excesivamente alejados. También podemos considerar el valor estratégico de algunos poblados que dominan de forma evidente pasos o vías naturales de comunicación (La Salud, Bajil, Blanquizares de Lébor) sobre las que aquellos mejor fortificados, como el Cerro de las Víboras de Bajil, debieron ejercer algún tipo de control.

La vinculación entre los poblados del Guadalentín de la zona de Lorca y los del norte de Almería parece evidente, siguiendo la vía natural del río o la costa hasta la zona de Vélez-Rubio-Huércal-Overa o la desembocadura del Almanzora, dónde se sitúa un importante grupo de poblados almerienses.

En Murcia se aprecia una cierta diversidad en los asentamientos del Calcolítico, ya que existen diferencias notables entre poblados como El Prado de Jumilla, Las Amoladeras del Mar Menor y el cerro de La Salud en Lorca, de forma que no todos los poblados pueden ser enmarcados en un único modelo, dadas las sensibles diferencias que se observan entre ellos, tanto desde el punto de vista formal como desde el estrictamente arqueológico.

La diversidad del paisaje y del entorno parece marcar una pauta de adaptación de todos ellos. Y aunque pudieran haber sido contemporáneos en algunas fases de su desarrollo, tal y como vienen insinuando algunas dataciones absolutas (como es el caso de Las Amoladeras: 2750 a. de J.C. y el Cabezo del Plomo: 2800 a. de J.C.), no pueden ser interpretados con idéntico criterio, ya que, en el caso de los ejemplos comentados, no puede parangonarse las defensas pétreas y las casas con zócalo de piedra del Cabezo del Plomo,

---

22 Soler Díaz, J.A. y López Padilla, J.A. «Nuevos datos sobre el poblamiento entre el Neolítico y la Edad del Bronce en el sur de Alicante», *Lucentum* XIX-XX, Universidad de Alicante, 2002, pp. 7-25.

23 Guitart Perarnau, I. «El Neolítico final en el alto Vinalopó (Alicante): Casa de Lara y Macolla», *Sagvntvm*, 22, 1989, p. 87.

con el hábitat de marisma de Las Amoladeras del Mar Menor, que tiene todo el aspecto de ser un asentamiento muy simple, de vida muy dilatada, o con las escasas chozas de La Salud, que tiene el aspecto de un hábitat rural muy sencillo.

Sin duda deberán tenerse en cuenta diversos factores que puedan aportar datos para su interpretación, tales como: base étnica de las poblaciones locales, tradiciones culturales que los sustentan, diversidad de las formas de explotación del medio, organización interna de los poblados, vías de comunicación, posibles aportes foráneos...etc. Mientras Cabezo del Plomo parece estar bien relacionado con otros asentamientos contemporáneos del área, como el de Montefrío (Fase III de transición al horizonte colonial)<sup>24</sup>, el asentamiento de La Manga parece responder a un tipo de población fuertemente aferrada a las tradiciones del Neolítico final, seguramente sin muchos contactos con el exterior. Sin embargo, ambos parecen hundir sus raíces en el Neolítico final y, en todo caso, parece que la clave para la interpretación de estas diferencias está en el sustrato cultural previo y, por lo tanto, no quedará suficientemente aclarado hasta que no llegemos a conocer con más precisión la fase final del Neolítico regional, de tanto interés para el estudio de esta etapa.

Sobre el Cabezo del Plomo (Mazarrón) se han vertido opiniones contradictorias. En un primer momento su excavadora lo definió como un poblado «tipo Millares», basándose en el carácter de sus estructuras arquitectónicas y defensivas<sup>25</sup>, pero nosotros ya apuntamos hace años la posibilidad de que pudiera enmarcarse en la fase final del Neolítico<sup>26</sup>, como parecían indicar diversas circunstancias. Más recientemente su excavadora rectificó y lo ha fechado en esa fase de transición entre el Neolítico final y los inicios del Calcolítico, donde parece tener más sentido el ambiente cultural que reflejan sus materiales arqueológicos y su cronología absoluta<sup>27</sup>.

De él se ha dicho que es un poblado «cuyo carácter indígena parece probado»<sup>28</sup>, sin embargo, su complejo defensivo, incluso considerándolo más de prestigio que práctico, que no tiene antecedentes en la región y nos obliga a mirar hacia el potente foco almeriense. Es probable que sobre la población local incidieran corrientes e ideas desde otros asentamientos, que fuesen configurando una nueva mentalidad colectiva, bien distinta a la de las etapas precedentes del Neolítico final. En todo caso, sus materiales arqueológicos, especialmente la cerámica y la mayor parte de la industria lítica, formal y técnicamente muy arcaizante, reflejan el ambiente cultural de los yacimientos en los que se ha definido la Cultura de Almería.

El poblado de El Prado de Jumilla presenta bastantes afinidades con el de La Salud. Se trata de un tipo de asentamiento muy distinto en todo a los anteriores, ya que no se trata de un poblado situado en altura, sobre un cabezo o estribación serrana que favorezca su defensa, sino de una aldea esencialmente agrícola situada en tierras bajas del altiplano,

24 Muñoz Amilibia, A.M. «Poblado eneolítico del tipo Los Millares en Murcia. España», *Programa y Ponencias del XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena, 8-11 enero 1982)*, Murcia, 1982, págs. 71-75.

25 Muñoz Amilibia, A.M. Op. Cit. ut supra, título del artículo, p. 71.

26 Eiroa, J. J.- *Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*, Universidad de Murcia, 1989, p. 50.

27 Muñoz Amilibia, A. M. «Neolítico final – Calcolítico en el sureste peninsular: El Cabezo del Plomo (Mazarrón, Murcia)», *Espacio, tiempo y forma, serie I*, t. 6, Madrid, 1993, pp. 133-180.

28 Nieto Gallo, G. (Coordinador): *Los orígenes de España. Historia General de España y América*, tomo 1-1, Ediciones Rialp, S. A., Madrid, 1985 (1987).

sobre una zona endorreica capaz de acumular el agua de la lluvia o de las posibles avenidas y, por lo tanto, apta para el cultivo a pesar de la posible escasez de pluviosidad. El Prado debió acoger a una pequeña población de agricultores y ganaderos que, además, se dedicaban a la caza y a la recolección. Su ubicación, seguramente muy selectiva, debe ser puesta en relación con la explotación del medio<sup>29</sup>. Se ha documentado el cultivo de trigo y cebada y una cabaña ganadera formada por cabras y cerdos, complementada con la caza de ciervos, jabalíes, gamos, corzos, conejos, liebres y, posiblemente, caballos.

Se trata de una pequeña aldea formada por cabañas de tamaño reducido, con el piso excavado en el suelo arcilloso, distribuidas irregularmente por el terreno. Los materiales arqueológicos recuperados en la excavación de 1980 son los comunes en una población agropecuaria: cerámica (seguramente elaborada en el poblado), utensilios agrícolas (dientes de hoz de sílex, piedras para moler el grano, azadas de piedra pulimentada), armaduras de flecha para la caza, algunas geométricas como en La Salud y algunos pocos instrumentos (punzones) de cobre, seguramente de importación. Estos materiales fechan el poblado en la plenitud del III milenio a. de J.C., aunque el Carbono-14 aporta dataciones<sup>8</sup> que van desde 2400 a. de J.C., la más alta, hasta, hasta 2000 a. de J.C., la más baja, fechas que, calibradas, se situarían entre 2590 y 2460 Cal. A. J.C.

Este tipo de asentamiento de llanura debió ser bastante frecuente. Es posible que estas aldeas agropecuarias fuesen dependientes de poblados mayores situados en zonas mejor defendidas pero con menos recursos, sobre todo agrícolas, configurándose así un sistema de interdependencia que tenemos bastante mejor documentado para el Bronce pleno, ya en época argárica. De hecho, siempre hemos intuido que los poblados de cierta entidad situados en altura debían tener algún sistema de explotación agrícola de la tierra llana generalmente próxima a ellos, como suponemos para La Salud de Lorca. Es frecuente en ellos la presencia de molinos para el grano, vasijas de gran tamaño para usar como contenedores y silos.

En el solar en la Glorieta de San Vicente, de Lorca, se identificaron un total de 23 estructuras entre las que abundan los silos directamente excavados en el suelo y generalmente de forma circular, algunos con paredes acondicionadas con arcilla o con estructuras internas para la sujeción de un contenedor de cerámica. La mayor parte parecen silos para la conservación de alimentos, aunque algunos fueron reutilizados con fines funerarios<sup>30</sup>. El conjunto, para el que se propone una cronología entre el final del Neolítico y principios del Calcolítico, tiene el aspecto de uno de estos poblamientos en llano, dedicado a la explotación agrícola en una zona próxima al cauce del río Guadalentín, a su paso por Lorca. Los paralelismos con La Salud, tanto en ambiente arqueológico como en materiales, son evidentes.

Sin embargo, el asentamiento de Las Amoladeras, situado en las inmediaciones de Cabo de Palos, en el inicio sur de La Manga del Mar Menor, tiene un aspecto muy distinto a los anteriores, sobre todo por su situación y es otra de las evidencias arqueológicas que confir-

---

29 Lillo Carpio, P. A. y Walker, M. J. «Asentamientos eneolíticos del Sureste en áreas bajas», en *Historia de Cartagena*, tomo 11 (Primeros poblamientos del Sureste). Ed. Mediterráneo, Murcia, 1986, págs. 175-186.

30 García, L. A., Martínez, C. y Ponce, J. «Excavaciones arqueológicas en la Glorieta de San Vicente (Lorca)», *XIII Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología Regional*, D. G. De Cultura. Murcia, 2002, pp. 20-21.

man la variedad de asentamientos que conviven en esta etapa de transición entre el Neolítico final y los inicios del Calcolítico. Fue descubierto en 1960 y excavado en 1981.

Esta aldea estaba situada junto a lo que hoy es la playa que lleva el mismo nombre, cerca de Dos Mares, en una zona en la que abundaba la fauna malacológica, con agua dulce abundante en los cercanos marjales del oeste de las salinas actuales. La situación del asentamiento, entre los dos mares, era la ideal para el aprovechamiento de los recursos naturales que estos ofrecían, sobre todo la pesca y el marisqueo, que debieron ser practicados de forma habitual, como parecen demostrar los restos arqueológicos. Tampoco debió faltar la caza, a la que aún hacían referencia documentos del siglo XIV.

Este pequeño asentamiento estaba formado por cabañas de planta circular u oval, hechas de ramas y barro, distribuidas sin orden aparente por una extensa área, en la que se ha excavado un pequeño sector. Su excavador ha mencionado un «pequeño murete» protector situado al sur del poblado, en la zona de acceso desde Cabo de Palos, que hoy resulta irreconocible. Hay, además, restos de dos hornos para la elaboración de cerámica.

Los materiales arqueológicos más abundantes son las cerámicas, hechas a mano, seguramente en el poblado, de aspecto tosco y formas monótonas. Su abundancia es notoria, ya que aún hoy pueden recogerse numerosos fragmentos en superficie en una gran extensión de la que se deduce que el área excavada es mínima. La industria lítica, en la que se aprecian rasgos arcaizantes que remontan a las tradiciones neolíticas, es también abundante: láminas y laminillas de sección triangular y trapezoidal, armaduras para flecha, muchas de ellas sobre geométricos, dientes de hoz... sin que falten elementos de piedra pulimentada. Algunos molinos barquiformes, que en el pasado se encontraban con frecuencia (de ahí el nombre de Amoladeras) evidencian la utilización del grano de cereal y otras semillas, que seguramente era cultivado en el terreno llano cercano a las salinas. Hasta el momento no se ha documentado la presencia de metal en el poblado<sup>31</sup>.

El Cabono-14 ha fechado el asentamiento en 2750 a. de J.C., fecha que encaja bien para una población de tradición neolítica autóctona, sobre la que pudieron incidir algunos avances del Calcolítico regional, sobre todo en lo que se refiere al desarrollo de las formas de explotación agropecuarias. Su relación con la Fase III de la Cueva de los Mejillones, en la que ya hay cobre, puede corresponder a una fase ya avanzada, más próxima a la segunda mitad del III milenio a. de J.C.

Es posible que Las Amoladeras fuese un hábitat permanente de una población costera de origen neolítico, aferrada a sus tradiciones y con pocos contactos externos. Su área de ocupación es demasiado extensa como para pensar en un asentamiento ocasional en determinadas épocas del año, además de que una población no construiría hornos para hacer cerámica en un lugar distinto al de su residencia habitual. Parece más bien que estamos ante una población estable y diseminada sobre una extensa zona propicia para la explotación de los recursos naturales, con tierras próximas aptas para el cultivo. También en este tipo de asentamiento, incluso teniendo en cuenta que su cronología absoluta es algo más elevada, encontramos bastantes paralelismos con el poblado de La Salud.

---

31 García del Toro, J. R.: «Poblamientos prehistóricos de cazadores-pescadores», en *Historia de Cartagena*, tomo 11 (Primeros poblamientos del Sureste). Ed. Mediterráneo, Murcia, 1986, págs. 9; «El hábitat costero-mediterráneo eneolítico de Las Amoladeras (Cabo de Palos, Cartagena)», *XVIII Congreso Nacional de Arqueología* (Islas Canarias, 1985), Zaragoza, 1987, págs. 271-283.

Podemos deducir, con los datos arqueológicos que podemos utilizar, que tras el afianzamiento de las comunidades neolíticas en la región, que se afincaron sobre todo en cuevas y en pequeños asentamientos al aire libre, hacia fines del IV milenio y comienzos del III a. de J.C., estas comunidades del Neolítico final comienzan a instalarse sobre las zonas más propicias para las actividades agrícolas y ganaderas, dando lugar a la aparición de pequeñas comunidades de aldeanos campesinos, que practican una economía básica, destinada a la explotación de determinados nichos ecológicos, mediante la práctica de una agricultura no intensiva de roza, el mantenimiento de una cabaña ganadera en la que predominan los ovicápridos y, como complemento, la depredación del medio a través de la recolección selectiva, la caza y, en las zonas costeras, la pesca y el marisqueo. A este período parecen pertenecer la mayor parte de los asentamientos campesinos caracterizados por los silos de almacenamiento, que vemos distribuidos por buena parte del Sureste, en los que se aprecian notables coincidencias en las formas de vida, sistemas económicos y materiales arqueológicos. Este tipo de asentamientos, de fuertes tradiciones neolíticas, pudo convivir con otras formas de ocupación del territorio más desarrolladas, a partir del Calcolítico antiguo, cuando se produce una verdadera explosión demográfica y la puesta en marcha de novedosas formas de explotación del medio, lo que en opinión de diversos autores, promovería el verdadero auge del Calcolítico del Sureste, personificado en el paradigma de la Cultura de Los Millares<sup>32</sup>.

Sin embargo, muchos de estos asentamientos campesinos del neolítico final y principios del Calcolítico mantuvieron durante mucho tiempo el mismo modelo vital en pequeñas aldeas con silos, explotando los recursos agrícolas y ganaderos sin modificar sustancialmente sus formas de explotación y sin tener en cuenta aspectos como: la construcción de sistemas defensivos, la inclusión en redes más amplias de intercambio o la adopción de las nuevas tecnologías de la metalurgia. Aspectos que empezaban a ser importantes en otros centros y que llegarán a ser decisivos avanzado el Calcolítico, cuando las poblaciones tienden a concentrarse en núcleos mayores situados en lugares de fácil defensa y cerca de los campos de cultivo, explotados ahora más intensivamente ante la demanda de una población cada vez mayor, que ha accedido a un sistema económico cada vez más complejo, en el que entran en juego otros factores, como la minería, el tráfico de mercancías y excedentes de producción y el litigio por el control de los recursos. En este ambiente, las pequeñas aldeas rurales autosuficientes, que hasta entonces han vivido relativamente aisladas, tendrán poco futuro.

El poblado de la Virgen de la Salud fue un pequeño asentamiento de este tipo, en el que pudo concentrarse una reducida población de entre 20 y 30 personas, si tenemos en cuenta el número de estructuras de viviendas detectadas entre la zona excavada y las limítrofes y las evidencias de hogares, no más de 7. La población se concentró en la zona amesetada del cerro, naturalmente delimitada y protegida por cantiles en sus vertientes este y sureste, mientras que la zona oeste y noreste, que estuvo delimitada por un pequeño muro protector del que se detectaron varias evidencias, termina en una pendiente, suave hacia el oeste y más abrupta hacia el noreste, que conduce a la pequeña rambla tributaria de la del Saltador.

---

32 Por ejemplo: Aguayo, P., Martínez, G. y Moreno, F. «Articulación de los sistemas de hábitats neolíticos y eneolíticos en función de los recursos agrícolas de la Depresión de Ronda», en Kunst (Coord.) Cit. ut supra, p. 193.



Lámina I. Cerro de la Virgen de la Salud (Lorca), durante la excavación.



Lámina II. Excavación de La Salud, en 1987.

Sobre la zona amesetada de la cumbre del cerro se asentaron, como mínimo, siete pequeñas viviendas (tal vez dos o tres más, situadas en las zonas no afectadas por los trabajos arqueológicos), distribuidas por el terreno llano, aparentemente sin un plan previo de organización espacial, pero, en todo caso, con una tendencia racional de ocupación, en la que se respetaron distancias entre las distintas unidades de habitación y se organizaron zonas de uso comunitario, como áreas cerradas para el ganado, tal vez delimitada por el pequeño muro del lado oeste, que presenta dos zonas de derrumbe, y el silo para la conservación de los productos agrícolas. Las viviendas eran todas de reducido tamaño y probablemente unifamiliares, siendo mucho más amplio el espacio comunitario del poblado, en el que se detectan varios hogares externos, que el dedicado a las viviendas.

Las viviendas o cabañas, todas las detectadas de planta circular irregular de unos 2,30 m de diámetro, estaban construidas básicamente con materiales lúneos y sostenidas por postes centrales, según las evidencias de hoyos para postes en las estructuras excavadas. Parte de uno de estos postes se conservó en forma de madera descompuesta, lo mismo que una buena parte de la cubierta de la cabaña del cuadro ABC-2,4,6, en forma de lámina de barro endurecido en la que se conservan varias improntas de las ramas que conformaban la cubierta lúnea, de lo que se puede deducir que ésta se elaboraba con una cubierta de ramaje, que descansaría sobre un entramado de ramas que partía de un eje central situado sobre el poste que la sostenía en el centro de la estructura, sobre la que se extendía una capa de barro mezclado con paja o fibras, que serviría de principal elemento impermeabilizador. Varios fragmentos más de esta cobertura de barro con improntas de ramas se recogieron durante los trabajos arqueológicos. No se conocen zócalos de piedra como base de las estructuras de las cabañas, aunque una de las ellas (la del cuadro I,J,K-2,4,6) estaba delimitada por una hilada de piedras, que era doble en su lado este.

Las cabañas tenían un hogar excéntrico, delimitado por un círculo de piedras y en el exterior había otras zonas de hogar, distribuidas por diversas áreas del cabezo. Estos hogares se identificaban con manchas de cenizas, restos de fauna y fragmentos de cerámicas. El hogar con mayores dimensiones se localizó en la zona central excavada y tenía 1,10 m. de diámetro. En su interior se localizaron abundantes cenizas, pequeñas piedras con evidencias de haber estado sometidas a la acción del fuego, algunos restos de carbón vegetal, restos óseos parcialmente calcinados de fauna de ovicápridos y algunos pequeños fragmentos de cerámica. En total se identificaron siete hogares claros, cuatro de ellos situados en el exterior de las cabañas, distribuidos de forma arbitraria por el terreno del poblado. La distancia entre ellos era variable, desde 3,80 m entre los hogares 1 y 2, hasta 5,20 m entre los hogares 5 y 6. Todos ellos eran semejantes: una delimitación irregular, con tendencia al círculo, de piedras con evidencias de fuego, en cuyo interior había una acumulación de cenizas, restos de fauna, fragmentos de cerámica y pequeñas piedras. Si en un principio se tuvo la tentación de vincular cada uno de los hogares a una posible unidad de habitación, el estudio de la distribución de los mismos, así como la medida de las distancias entre unos y otros, hizo desistir de esta idea, comprobándose más tarde que sólo tres de ellos correspondían claramente a cabañas identificadas. Los restantes estaban al aire libre.

Los fondos de cabaña tenían un piso de arcilla endurecida y en dos de los casos una zona empedrada con pequeños guijarros situada sobre el piso arcilloso. La planta de

cabaña más claramente percibida fue la primera de las citadas, en la que se definió una alineación de piedras de tamaño mediano siguiendo el contorno del piso de tierra apelmazada en los tramos sur y sureste. En el interior de la cabaña se recogieron abundantes fragmentos de cerámica, algunos instrumentos líticos, una varilla ósea y un recipiente cerámico completo. Se identificó otro fondo de cabaña claramente delimitado en un cuadro distinto, próximo al anterior, con un contorno muy definido de su piso, destacado por su dureza con respecto al resto del contexto, así como por su coloración oscura. Este piso era de arcillas endurecidas o apisonadas, muy compactas. Sobre ese suelo se hallaron diversos elementos de industria lítica tallada, una azuela de piedra pulimentada, abundantes fragmentos de cerámica y un fragmento alargado (1,27 m) de poste carbonizado, que fue completamente retirado para realizar un molde de escayola de la impronta dejada en el suelo. Este fragmento de poste, de 6 cm. de grosor, parecía pertenecer al entramado base de la techumbre, sobre el que se colocaba la cobertura de ramas y la posterior capa de barro. En una zona lateral de la planta (no en el centro) aparece el hogar, perfectamente definido por un círculo de piedras y su contenido de tierra carbonosa, entre la que se encuentran restos de fauna, algunos fragmentos de cerámica y pequeñas piedras. Estos hogares se asientan directamente sobre el piso de la vivienda, sin más preparación que su delimitación con piedras. Su forma es de tendencia circular y el de la cabaña que comentamos tenía un diámetro de 90 cm.

Todas las unidades de habitación detectadas son semejantes, sin que se aprecien diferencias constructivas entre unas y otras, lo que puede reforzar la idea de que el asentamiento sólo tuvo una dilatada fase de ocupación, sin que se aprecien innovaciones que pudieran indicar mejoras sustanciales en el modelo del hábitat. Tampoco se aprecian diferencias cualitativas entre las viviendas ni indicios de que alguna de ellas pudiera dar alojamiento a personas de mayor rango social que el resto. En realidad, las evidencias de los ajuares domésticos son bastante monótonas y sin grandes variaciones en todo el poblado, por lo que es imposible detectar signos de diferencias sociales entre los ocupantes.

Dada la sencillez de estas cabañas, cabe deducir que su uso se restringía, esencialmente, al descanso, volcándose la vida comunitaria en otras actividades destinadas, sobre todo, a la explotación de los recursos y el abastecimiento del poblado.

Los tramos del muro que cercaba parte del hábitat en sus lados noreste y oeste, que caen hacia la rambla tributaria de la del Saltador, ponen de relieve una línea de delimitación, más que una línea de carácter defensivo o de protección. La entidad del muro es escasa, ya que sus evidencias más claras no sobrepasan la altura de 40 cm., especialmente en los tramos del lado noreste. Más bien parece un murete de cerramiento, posiblemente destinado a controlar el ganado dentro de los límites del poblado, ya que su valor como elemento defensivo sería nulo. Tampoco parece tener un papel de contención de aguas, ya que los aportes de las lluvias discurrirían libremente por la rambla situada a pocos metros del cabezo, sin afectarlo para nada. Es posible que, durante la vida del poblado, el muro estuviera complementado con una empalizada de entramado de ramas, que aumentase su altura.

Los materiales arqueológicos, pese a su variedad y, en algún caso, la espectacularidad de su revelación arqueológica, como ocurrió con el hallazgo de los materiales depositados en el silo, son, sin embargo, humildes y de estricto uso práctico, propios de una comunidad campesina dedicada a la agricultura, la ganadería y la depredación del medio.

Algunas vasijas con tratamientos de aguadas a la almagra, o alguna otra con forma especialmente atractiva desde una perspectiva estética, así como algunos pocos elementos líticos de tecnología más depurada, como las puntas con pedúnculo y alerones, serían los únicos elementos costosos, de cierto nivel dentro de los utensilios habituales. Si bien el lote de instrumentos de piedra pulimentada tendría, sin duda, cierto valor económico, lo mismo que algunos instrumentos óseos y un número determinado de vasijas de cerámica, lo cierto es que el ambiente que denotan es modesto, lo que también puede apreciarse en la sencillez de sus viviendas. La presencia de un elevado número de utensilios de piedra pulimentada, entre los que predominan las azuelas, debemos ponerla en relación con las actividades agrícolas y la depredación del entorno forestal, con las hachas, lo mismo que los abundantes geométricos de industria lítica tallada usados para la siega, los molinos de mano para el grano y el silo para la conservación de la cosecha.

El abundante utillaje óseo responde a una actividad complementaria con los derivados de la cabaña ganadera y el trabajo de las pieles, y la abundante dotación de armaduras para flechas, a una importante actividad cinegética, utilizada como complemento de la dieta. La presencia de varillas óseas alargadas, tanto en el poblado como en Cueva Sagrada I, indican un importante trabajo textil, ya sea con la lana del ganado ovino, ya con el lino cultivado. Si tenemos en cuenta el contexto de Cueva Sagrada I, debemos contar con una importante y bien elaborada industria textil de productos de lino, con resultados tan impresionantes como las túnicas localizadas en el enterramiento, hoy en el Museo Arqueológico de Lorca.

Estos materiales arqueológicos no sufrieron grandes variaciones a lo largo de la vida del poblado, salvo, tal vez, la incorporación de algunas de las formas cerámicas con carena, en una fase ya avanzada del Calcolítico y, si tenemos en cuenta los excepcionales elementos metálicos de Cueva Sagrada I, la incorporación de contados elementos de cobre, posiblemente mediante intercambio. Debe hacerse constar que, si bien en el lugar del asentamiento se encontró un fragmento de mineral de cobre con evidencias de tratamiento térmico (burbujas o escorias de fundición de cobre), pero no se encontró ningún otro indicio que pudiera indicar una actividad relacionada con la producción de elementos metálicos de cobre, ni siquiera ningún instrumento metálico elaborado. Los únicos elementos metálicos relacionados son los hallados en el enterramiento de Cueva Sagrada I, ya citados.

Estamos, pues, ante una comunidad aldeana, afincada sobre el terreno desde el Neolítico final, conservadora de las tradiciones tecnológicas del pasado, a la que ha incorporado unos limitados recursos innovadores en lo que se refiere a la explotación agropecuaria, pero manteniendo, en definitiva, unas formas de vida muy arraigadas en tradiciones aldeanas del Neolítico tardío e inicios del Calcolítico, entre 3000 y 2500 a. de J.C. Esta comunidad se situó en un enclave cuyos entornos reunían las características necesarias para la práctica de unas actividades económicas de subsistencia, un nicho ecológico en el que era posible el mantenimiento de una cabaña ganadera y la práctica de una agricultura cerealista de secano, basada en la rotación temporal, que podría ser de regadío en las zonas próximas a las ramblas, utilizando el sistema de boqueras, perfectamente practicable en el entorno, junto a la rambla del Saltador y sus escorrentías tributarias. Esta técnica de regadío podría permitirles también algún tipo de explotación hortícola.

Además de los productos agrícolas cultivados los habitantes de La Salud consumieron otros productos silvestres, como higos, cuyas semillas (*Ficus sarina*) se han encontrado en la cueva sepulcral.; pequeñas cantidades de aceitunas de *Oleaster*, y algarrobas *Cerantonia silicua* y tápenas o alcaparras (*Capparis spinosa*). Más problemáticos nos parecen los escasos restos uva (*Vitis vinífera*), tan sólo dos semillas recogidas en Cueva Sagrada, que por sus características parecen cultivadas y recientes, tal vez introducidas en el contexto.

En la cabaña ganadera predominan los pequeños rumiantes, oveja y cabra, en un número que, estadísticamente, está adecuado a la entidad del asentamiento. Esta cabaña estaba complementada con un número bastante significativo de vacas, representadas en la zona excavada del yacimiento con un mínimo de 23 ejemplares, que parece un número de realmente abultado para una población tan poco numerosa. Sin embargo hay una escasa presencia de cerdos, de los cuales algunos podrían ser incluidos también entre la fauna salvaje. Lo mismo ocurre con los restos de cánidos, entre los que algún ejemplar podría pertenecer a perro salvaje o a lobo. Dado el mayoritario número de ovicápridos cabe suponer un factor estacional que impondría determinado grado de trashumancia, bajo la responsabilidad de un número determinado de habitantes del poblado. Esta cabaña ganadera aseguraría el abastecimiento de carne, leche, grasas, nata, pieles, huesos... etc. y se complementaría con la caza de conejos y liebres, jabalí, carnívoros y algún cérvido. El escenario de caza sería la zona de la sierra de Mesa Cortada, muy próxima al yacimiento, así como las estribaciones de Sierra Espuña, algo más alejadas, pero incluidas dentro de las áreas de captación de recursos del yacimiento. Ambos parajes eran ricos en flora y fauna y debieron suponer una fuente de abastecimiento segura para la comunidad.

La abundante presencia de fauna, tanto doméstica como salvaje, propició la elaboración de una rica gama de instrumentos óseos, entre los que predominan, sobre todo, los apuntados. Pero también facilitó el trabajo en el curtido de pieles, tan útiles en diversos aspectos de la vida diaria. Entre los materiales arqueológicos recuperados en Cueva Sagrada I hay dos fragmentos grandes de bolsa o mochila de cuero bien curtido, uno de ellos doblado, así como otros 10 fragmentos más de pequeño tamaño que, tras su análisis, resultaron ser de piel de cerdo, posiblemente pertenecientes todos a una misma pieza. La piel estaba afectada por la acción de agentes biológicos, que habían producido en ella algunos pequeños orificios. Pese a haber perdido la flexibilidad original y presentar un aspecto rígido, el cuero parece bien curtido. Es más que probable que esta pieza fuese de elaboración local, dado el carácter pastoril de la comunidad, aunque bien pudiera tratarse de cerdo salvaje, fruto de las actividades cinegéticas.

Las evidencias arqueológicas de una industria textil a partir del lino, materia de la que estaban elaboradas las túnicas de Cueva Sagrada, parecen poner de manifiesto una labor de artesanado local y, en consecuencia, el cultivo, tal vez restringido a áreas especialmente delimitadas en zonas húmedas, de alguna variedad de lináceas, tal vez *Linum usitatissimum*, cuyas fibras, debidamente beneficiadas y preparadas, se utilizaron para la elaboración de textiles y sus simientes podían ser usadas para las curaciones domésticas, preparando cataplasmas emolientes, gracias a su contenido de mucílago. Tanto en el asentamiento de La Salud como en la cercana Cueva Sagrada I se han encontrado varillas óseas alargadas, utilizadas para el laboreo de los textiles.

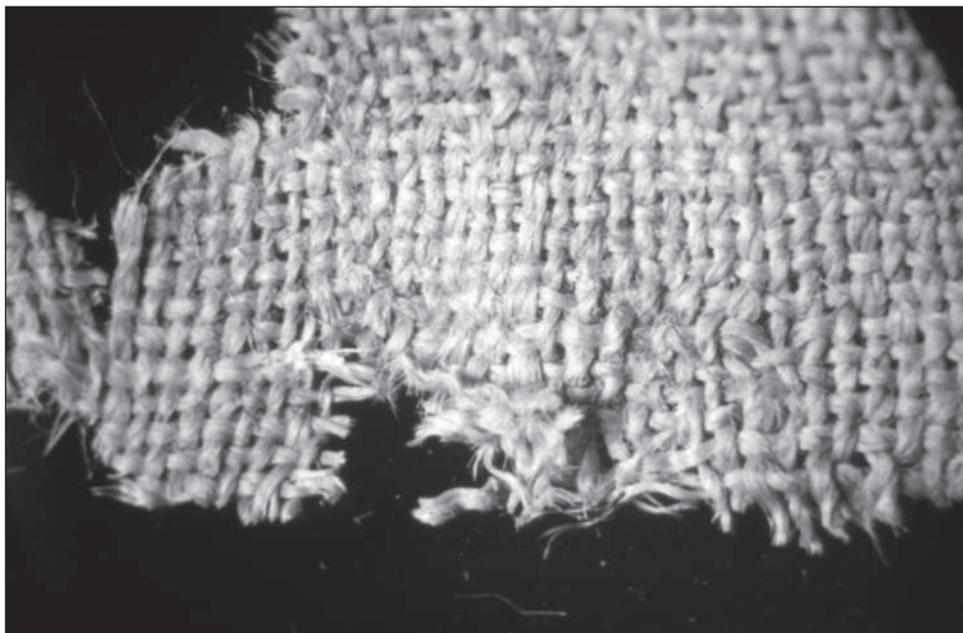


Lámina III. Fragmento al binocular de una túnica de lino de Cueva Sagrada I.



Lámina IV. Instrumentos óseos para el trabajo textil, del enterramiento de Cueva Sagrada.

Una actividad complementaria, de utilidad en diversos aspectos de la vida diaria, fue el trabajo del esparto, del que se han recuperado diversas evidencias. Todo el entorno es rico en afloramientos herbáceos de la gramínea *Stipa tenacissima*, de la que estaban elaborados diversos cordones y cuerdas que sirvieron de complemento a las túnicas de Cueva Sagrada, así como la estera sobre la que fueron hallados buena parte de los restos óseos humanos. La abundante muestra de fibras de esparto que sirvió de base para la obtención de la datación absoluta por el C-14 de Cueva Sagrada I, fue obtenida en la limpieza del contexto funerario. El esparto tenía utilidad para la elaboración de aperos complementarios para las tareas agrícolas y ganaderas, así como de diversos complementos útiles en la vida diaria, tales como calzados, cuerdas, cestos, espuestas... etc. La abundancia de la materia prima en el entorno del yacimiento, que aún hoy se mantiene, hizo del esparto un material prácticamente imprescindible en una comunidad rural de marcado signo agrícola y pastoril.

La explotación del entorno no sólo resultó rentable para la explotación de los productos alimentarios y de complementos, sino que lo fue igualmente para la obtención de recursos abióticos, especialmente de materia prima para la elaboración de los utensilios líticos, ya que, como han demostrado los análisis de la industria lítica pulimentada, los arrastres de las ramblas, especialmente la del Saltador, proporcionaron abundantes rocas de textura óptica de las que obtuvieron numerosos instrumentos para el trabajo cotidiano, tanto para las tareas agrícolas como para la tala de troncos, trabajo de la madera y para la construcción. Igualmente, la mayor parte de los instrumentos líticos tallados parecen haberse obtenido de núcleos líticos recuperados en las inmediaciones del yacimiento. Unos y otros fueron de elaboración local, como ponen de manifiesto las abundantes evidencias de restos de talla y la presencia de bloques preparados para la elaboración de instrumentos pulimentados.

Por lo que podemos deducir del estudio de los abundantes materiales arqueológicos la pequeña comunidad asentada en el cerro de la Virgen de la Salud desde el primer tercio del III milenio a. de J.C., practicó un modo de vida propio de un grupo de agricultores y ganaderos, sin grandes variaciones a lo largo del tiempo que permanecieron en el lugar. El utillaje doméstico denota un conservadurismo que tan solo se vio alterado con la incorporación de algunos tipos líticos, como las escasas armaduras foliáceas para flechas, o cerámicos, como las limitadas piezas carenadas, que parecen preludear cambios en los ajueres domésticos, lentos y esporádicos, en todo caso, posiblemente en la última etapa de la vida del poblado. La dedicación a las actividades agrícolas y ganaderas aparece suficientemente reflejada en las evidencias arqueológicas y, en general, en el ambiente cultural de la comunidad estudiada, que ofrece el aspecto de un grupo humano autosuficiente, posiblemente cercano a otros semejantes de la zona, en el que hay, pese a todo, algunas evidencias que denotan intercambios circunstanciales con otros grupos más desarrollados.

La vinculación de los habitantes de la Virgen de la Salud con el enterramiento colectivo de Cueva Sagrada I es bastante probable, dada la proximidad entre ambos yacimientos y la similitud en buena parte de los materiales arqueológicos. De especial interés en este sentido son las similitudes de las varillas óseas aplanadas, destinadas al trabajo textil en el telar, halladas tanto en el enterramiento como en el poblado. Una de las varillas halladas en el poblado presenta decoración incisa en su extremo proximal, prácticamente igual a

otras dos halladas en la cueva sepulcral, siendo este el más firme paralelismo entre los materiales de uno y otro yacimiento. Estas varillas deben asociarse a la presencia de las túnicas de lino halladas en la cueva sepulcral, puesto que eran utilizadas para la elaboración de este tipo de productos textiles.

Esa vinculación de la cueva debe extenderse a las otras cavidades funerarias del entorno próximo, Cueva Sagrada II y III, esencialmente, aunque hayan llegado a nosotros expoliadas por excavadores clandestinos, privándonos así de una documentación valiosa que, sin duda, habría ampliado nuestro conocimiento del grupo. Sin embargo, la presencia del resto de las cavidades naturales de uso funerario semejantes a Cueva Sagrada I, situadas en la misma ladera de Mesa Cortada, frente al poblado, nos hace pensar en una necrópolis de sepulcros colectivos, todas ellas muy próximas al asentamiento de La Salud, del que las separa una distancia que en ningún caso supera los mil metros en línea recta. El carácter de sepulcros megalíticos, en el sentido cultural del término, es decir, de sepulcros de inhumación colectiva en cuevas naturales, alguna de ellas ampliada artificialmente, parece fuera de toda duda. Así, parece claro que nos encontramos ante un preciso ritual funerario practicado por la comunidad, afín con el pensamiento colectivo y la ideología de la época, que se refuerza con la presencia de un ídolo oculado y la colocación de ortostatos simbólicos en la entrada de Cueva Sagrada II, convirtiéndola en un auténtico sepulcro de corredor.

La presencia de restos humanos con evidencias de haber sido sometidos a la acción del fuego, ya sea en el contexto de las prácticas funerarias o a través de otras medidas de carácter pragmático, no desentona con el contexto, ya que viene siendo una apreciación usual en este tipo de conjuntos funerarios. En este sentido ha señalado Ferrer que este tipo de prácticas en las que se aprecia la utilización del fuego o la incineración parcial de los restos humanos «no es ajena en modo alguno al concepto colectivo del enterramiento, ya que no hace sino reflejar una sociedad igualitaria de tradición neolítica»<sup>33</sup>, puesto que esa práctica participa de forma explícita en la idea de enterramiento colectivo en forma de variante o como solución local, reforzando la idea del igualitarismo social que representa. Sin embargo cuando, avanzado el Calcolítico, empiezan a introducirse en los enterramientos colectivos elementos distintivos o de prestigio, como los materiales metálicos, vasos campaniformes, vasos de yeso o elementos de importación, se está iniciando un proceso de transformación social que afecta igualmente a los primitivos planteamientos del ritual funerario, promoviendo el consiguiente cambio cultural.

Pese a todo, aunque la datación absoluta de La Salud marque un momento de plenitud del Calcolítico regional, la de Cueva Sagrada I es tardía respecto al poblado y señalaría un momento de transición entre el Calcolítico final y los inicios del Bronce antiguo, en esta zona de marcado carácter argárico. Se establece entre ambas fechas una diferencia de tres siglos en valores estándar y de cinco siglos en valores calibrados.

Esta situación nos lleva a intentar explicar el fin del poblamiento de la Virgen de la Salud, que tras haber estado establecido en el mismo lugar, sin variaciones apreciables, desde un momento avanzado del primer tercio del III milenio a. de J.C., desaparece a fines del mismo, sin que el cabezo vuelva a ser ocupado en las etapas culturales siguientes.

---

33 Ferrer Palma, J.E. «El megalitismo en Andalucía Central», *El megalitismo en la península Ibérica*, 1987, p. 26.

Parece que el silo hallado en el poblado, con todo su contenido de materiales de calidad, podría indicar un episodio de alarma en la vida del poblado que obligó a sus habitantes a ocultar parte de sus bienes más preciados, ante una situación de peligro. El hallazgo no parece tener otra explicación, puesto que no se trata de un ajuar funerario (que sería inusualmente excesivo, en todo caso) ni de una ofrenda ritual. Sin embargo, la fecha absoluta de la que disponemos procede de una muestra de carbones procedente del silo y señala un momento de plenitud del Calcolítico, por lo que sería arriesgado interpretarla como una fecha que señalara el final definitivo de la vida en el poblado, sobre todo teniendo en cuenta la otra fecha de Cueva Sagrada I, que marca un momento tres siglos posterior. Pero también es cierto que los apreciados bienes ocultados en el silo del poblado nunca volvieron a recuperarse, por lo que cabe deducir que sus propietarios o no sobrevivieron al episodio de peligro que les obligó a ocultarlos, o se trasladaron a otro lugar y nunca regresaron para recuperarlos, permaneciendo éstos ocultos para siempre. No existen en el hábitat evidencias de una destrucción total, ni niveles generalizados de incendio, por lo que, en principio, cabe descartar una destrucción generalizada del hábitat.

Es obligado reconocer que las dataciones absolutas del poblado y de la cueva sepulcral condicionan, en cierto modo, una conclusión firme al respecto. Si el final del poblado lo marca la fecha del silo o depósito resulta complejo relacionar el enterramiento colectivo de la cueva con los habitantes del poblado, salvo que contemos con la suplantación de los habitantes del poblado por otros distintos, procedentes de otro grupo humano, que ocupan el lugar tras la expulsión de sus habitantes primitivos, que previamente habrían ocultado sus bienes en el silo. De esta forma podría justificarse la continuidad del poblamiento, la



Lámina V. Silo de La Salud, durante su excavación.



Lámina VI. Lote de materiales del silo de La Salud.

utilización continuada de las cuevas sepulcrales de la ladera y la ocultación de los bienes materiales depositados en el silo.

Dada la intensidad del poblamiento de la zona a lo largo del III milenio a. de J.C., no puede extrañar la presencia de diversos poblados en el área, bien conocidos por los trabajos arqueológicos y las revisiones de materiales realizadas en los últimos años: Los Carboneros, varios yacimientos en el área de la ciudad de Lorca, Campico de Lébor, Blanquizares de Lébor, varios yacimientos en los entornos de Totana, Murviedro, El Capitán, Cerro Negro, así como otros lugares con evidencias de ocupación, detectados en los trabajos de prospección que se han efectuado en la comarca de Lorca... etc. Esta intensa ocupación, tanto de áreas llanas como de cerros estratégicos cercanos a ellas, pudo producir efectos de interacción, pero también momentos de conflicto por la propiedad de las zonas de recursos. En este ambiente no debe extrañar la posibilidad de actuaciones violentas de un grupo sobre otro, destinadas a la enajenación de bienes y territorio que, sin embargo, no promueven un cambio cultural que pudiera apreciarse en el contexto arqueológico del asentamiento, sino una sustitución de población por otra del entorno, de las mismas características culturales, que prolonga la vida del poblado hasta los inicios del II milenio a. de J.C., momento en el que sí se producirán sustanciales transformaciones que provocarán un importante cambio cultural. Es entonces cuando finaliza la ocupación del cerro de La Salud, sin que éste vuelva a ocuparse posteriormente como lugar de habitación, seguramente porque se ha producido un importante cambio en la concepción del

hábitat y de las formas de explotación del medio. Se impondrá entonces el hábitat argárico del Bronce antiguo y pleno, que determinará una ocupación aún más intensa del área, con núcleos de población más importantes y una nueva forma de concebir la explotación sistemática del entorno, desde la orientación de las jefaturas imperantes. También culminará entonces el ritual de la inhumación colectiva en cuevas sepulcrales, con la introducción de nuevas tendencias ideológicas que promoverán la inhumación individual, ensalzando lo personal frente a lo colectivo.

Llama la atención el hecho de que el patrón de asentamiento del poblado, así como su utillaje, sus viviendas y, en general, su modo de vida aldeana, no experimento grandes cambios a lo largo de centenares de años, permaneciendo su población enraizada en las tradiciones del Neolítico final. Ni las producciones alfareras, ni las líticas presentan cambios sustanciales a lo largo del período, salvo la introducción, posiblemente en su fase final, de algunos pocos elementos, que creo fruto de los intercambios, que parecen evidenciar un cierto avance tecnológico. Sin embargo, no hay evidencias de producción metalúrgica local y los pocos elementos metálicos metálicos hallados en el ajuar funerario de Cueva Sagrada I, tres punzones de cobre de sección cuadrada y extremos apuntados, dos cortos, de menos de 3 cm., y uno largo, de 9 cm., son tardíos y posiblemente de origen foráneo.

Se trata de una reducido grupo humano de carácter rural, que practicó un sistema de producción agrícola y ganadero aparentemente estable y suficiente para su entidad poblacional, que desarrolló un modo de vida mesurado y, en cierto modo, austero, propio de las sociedades campesinas segmentarias de carácter igualitario características del período que, sin embargo, supo aprovechar con eficacia las condiciones ambientales y los recursos naturales de su entorno. Tan solo algunos pocos elementos materiales parecen indicar un sistema de relaciones e intercambios a nivel comarcal, posiblemente a corta distancia, bajo el modelo «down-the-line» (lineal), en la modalidad de reciprocidad<sup>34</sup>, aunque la mayor parte de los productos utilizados y los materiales empleados para su elaboración procedían del acceso directo a los recursos del entorno. Sin embargo no hay evidencias de contactos con gente del vaso campaniforme que, por otra parte, sí está presente en otros yacimientos contemporáneos del entorno.

Los paralelismos más claros que hemos observado para el asentamiento de la Virgen de la Salud, tanto en lo que se refiere al modo de vida y materiales arqueológicos como a la cronología, los encontramos en asentamientos como El Prado de Jumilla, con unas fechas del primer tercio del III milenio a. de J.C.; Glorieta de San Vicente (Lorca); El Capitán (Zarcilla de Ramos, Lorca) y Campico de Lébor (Totana), con unas dataciones semejantes; Las Amoladeras de Cabo de Palos, con dataciones algo anteriores y, sobre todo, aunque a mayor distancia, con las fases I y II de Terrera Ventura (Tabernas, Almería), yacimiento con el que encontramos muchas coincidencias en lo que respecta a formas de vida, medio ambiente y sistemas de explotación del medio, lo que, a su vez, nos conduce a ciertos paralelismos con otros yacimientos almerienses contemporáneos, como Ciavieja, Tres Cabezos, La Gerundia, El Tarajal fases III y IV, Los Castillejos de Montefrío fases I y II, Almizaraque fase I, Cerro de los López de Vélez Rubio y con otros asentamientos similares situados al norte del Segura, sobre todo los de la cuenca del Vinalopó.

---

34 Harding, A.F. *Sociedades europeas de la Edad del Bronce*, Ariel Prehistoria, Barcelona, 2003, p. 193.

El final del poblamiento de La Salud, probablemente durante el último tercio del III milenio a. de J.C., debe ser puesto en relación con los profundos cambios culturales que entonces se desarrollan, sobre todo a partir del horizonte campaniforme. El aumento de los asentamientos y la más intensa ocupación de la tierra, tanto en zonas altas como en llano, pudo tener como consecuencia un notable incremento demográfico y una progresiva intensificación de la producción agropecuaria y, como consecuencia de esto, un paulatino aumento de los factores de conflicto que se materializa en la tendencia de los poblados a dotarse de elementos defensivos. Como resultado de estas circunstancias, se deteriora el anterior sistema de ocupación del territorio y se producen cambios que afectan, sobre todo, a las poblaciones más conservadoras, arraigadas en tradiciones del pasado y con un modelo de vida basado exclusivamente en la explotación del entorno, en el que no se aprecia excesiva preocupación por la defensa. Este tipo de poblaciones han conservado durante mucho tiempo un modo de vida aldeano autosuficiente y se han mantenido al margen de otras corrientes innovadoras, de las redes de intercambios a gran escala y de las innovaciones tecnológicas promovidas por la metalurgia del cobre.

La tendencia a la estabilización de las poblaciones en núcleos mayores, en los que se concentran las actividades económicas, promueve sustanciales cambios en la concepción de la explotación agrícola y ganadera, haciendo que la agricultura cerealista adquiera cada



Lámina VII. Vitrina del Museo Arqueológico Municipal de Lorca, con los materiales del silo de La Salud.

vez mayor importancia tras la estabilización de las tierras de cultivo en las proximidades de los centros de población. Se impone entonces, en prácticamente todo el Sureste peninsular, el modelo Millares, con diversas variantes que suelen depender del medio en el que se sitúan los asentamientos.

En este contexto cultural las antiguas aldeas agrícolas y ganaderas, como la de la Virgen de la Salud de Lorca, enraizadas en fuertes tradiciones neolíticas, tuvieron pocas posibilidades de subsistir.

## 5. MEGALITISMO

Debemos destacar, por fin, que también en pleno Neolítico final deben encuadrarse las primeras manifestaciones megalíticas del Sureste, que en Murcia se manifiestan en las sepulturas circulares de cámara central bajo estructura tumuliforme delimitada por anillos pétreos, a las que G. y V. Leisner denominaron *rundgräber* (sepulcros circulares), como los de la necrópolis de El Capitán (Lorca), donde recientemente se han definido doce de estas estructuras, con claros paralelismos en los territorios limítrofes de Almería, que fueron excavadas mediante absurdo e innecesario trámite de urgencia por los servicios regionales de arqueología, en 1992. Estos sepulcros, saqueados todos ellos excepto uno, han ofrecido fragmentos de cerámica con engobes a la almagra, elementos líticos geométricos y algunos pocos objetos decorativos, que encajan bien en un contexto de fines del IV milenio a. de J.C. y que obligan a mirar a conjuntos almerienses del tipo de El Piar, justo en el límite con Murcia y bien conectado al conjunto de El Capitán por el corredor del Corneros, y de Purchena, Urracal, Palaces I y II, Las Peñicas de Níjar, Sorbas, Mojácar y Turra, aunque el carácter de sepulcros colectivos de algunos de ellos se siga discutiendo. El resto del megalitismo murciano, cada vez más considerable en número, ofrece ya cronologías más tardías, de pleno Calcolítico, incluso con reutilizaciones posteriores de época argárica, como vemos en Murviedro (Lorca). Sin embargo, parece claro que sus raíces hay que buscarlas en los momentos finales del Neolítico y que no hay rupturas significativas entre el megalitismo del Neolítico final y el posterior calcolítico, puesto que estamos ante un ritual en el que parece evidente que lo esencial es la utilización de una cámara sepulcral para la inhumación colectiva.

Tras este tipo definido en El Capitán se situarían los sepulcros colectivos tipo La Barsella de Torremanzanas (Alicante), Loma de los Peregrinos (Alguazas, Murcia), Les Llometes (Alcoy, Alicante), Blanquizares de Lébor (Totana, Murcia)...siendo más tardío el tipo de sepulcro de corredor que vemos en la necrópolis de Bajil (Moratalla), ya de finales del Calcolítico.

## 6. LA EDAD DEL BRONCE Y LA CULTURA DE EL ARGAR

La cuenca del Guadalentín y muy probablemente el tramo comprendido entre Lorca y Totana, así como el espacio entre estos límites y el mar, aparecen como uno de los núcleos originales de la Cultura de El Argar en Murcia, muy especialmente la comarca de Lorca<sup>35</sup>.

---

35 Véase Eiroa García, J. J. *La Edad del Bronce en Murcia*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 2004.

Estos inicio de la Edad del Bronce supondrán, como en el resto del Sureste español, una novedad muy significativa con respecto al Calcolítico, ya que la cultura de El Argar, que monopoliza el Bronce antiguo, pleno y tardío en Murcia, aparece con novedosas innovaciones en lo que se refiere a la distribución de los asentamientos, organización del territorio para la explotación de sus recursos y la implantación de una fuerte ideología, también inédita en sus planteamientos básicos, que consolida el desarrollo de las jefaturas y el control político de los grupos. Algunos de estos aspectos tienen precedentes en el Calcolítico final; de hecho, los analistas del período hoy se refieren, más que a cambios radicales, a la intensificación de pautas que ya existían en el Calcolítico, admitiendo una primera fase que habría durado varias décadas, en la que conviven las tradiciones calcolíticas con las innovaciones del Bronce antiguo argárico, coincidiendo con la expansión del campaniforme. Pero parece claro que el panorama cultural resultante es, a la postre, novedoso y original. Incluso se ha llegado a hablar, de «Estado argárico», intentando definir con ese discutible término un modelo de organización que ya está muy próximo, en muchos aspectos, al modelo estatal, imperante desde varios siglos antes en otras latitudes de la periferia mediterránea, aunque esta idea está hoy sometida a intenso debate<sup>36</sup>.

Así pues, entre 2000 y 1.700 a. de J.C. se está gestando en la región, al igual que en otras áreas colindantes, la sociedad de la Edad del Bronce, que entre nosotros monopolizará la Cultura de El Argar, al menos hasta el Bronce final, ya muy avanzado el II milenio a. de J.C.

La Región de Murcia es, prácticamente toda ella, territorio del área nuclear de la de El Argar, más nítidamente en sus zonas sur y central, especialmente en los límites con Almería, desdibujándose o atenuándose sus rasgos en los actuales límites norte y oeste. Al norte, las tierras situadas entre las cuencas del Segura y el Vinalopó parecen marcar la frontera con el Bronce Levantino; al oeste las sierras de Moratalla, Villafuertes y La Muela, delimitan la frontera con el Bronce Manchego de las motillas, morras y castillejos.

En el área de Lorca y por toda su comarca se desarrollarán los poblados argáricos, de altura o de llanura, con sistemas defensivos o sin ellos. En las afueras de la ciudad Lorca, situado en la fértil vega del Guadalentín, el poblado de Los Cipreses es un claro ejemplo de los poblados argáricos de llanura, que se levantan generalmente sin elementos defensivos, en zonas próximas a ramblas, antiguos cauces fluviales o manantiales. Este tipo de hábitat es característico de la zona prelitoral murciana, sobre todo al sureste del tramo del Guadalentín. Se trata de poblados de clara dedicación agrícola y ganadera, del que un ejemplo bien conocido es este de Los Cipreses (La Torrecilla, Lorca), donde se han excavado varias estructuras de habitación y una docena de enterramientos<sup>37</sup>. Las casas excavadas en Los Cipreses son de planta rectangular alargada, con cierre curvilíneo, y están irregularmente distribuidas, generalmente en grupos de dos viviendas y alguna

---

36 Lull, V.; Estévez, J. (1986): «Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas». *Homenaje a Luis Siret*. Consejería de Cultura, Sevilla, pp. 441-452; Lull, V. y Risch, R. (1995): «El Estado Argárico», *Verdolay*, 7, pp. 97-109; Castro, P., Chapman, R. W., Gili, S., Lull, V., Micó, R., Rihuete, C., Risch, R. y Sanahuja, M. E. (2001): «La sociedad argárica», en Ruiz Gálvez, M.L. (Coord.): *La Edad del Bronce, ¿Primera Edad de Oro de España? Sociedad, economía e ideología.*, Barcelona, pp. 181-216.

37 Martínez, A. (1990): «Aportaciones a la secuencia histórica de la Ciudad de Lorca». *Lorca. Pasado y Presente. Aportaciones a la Historia de la Región de Murcia*. Lorca, pp. 71-86.

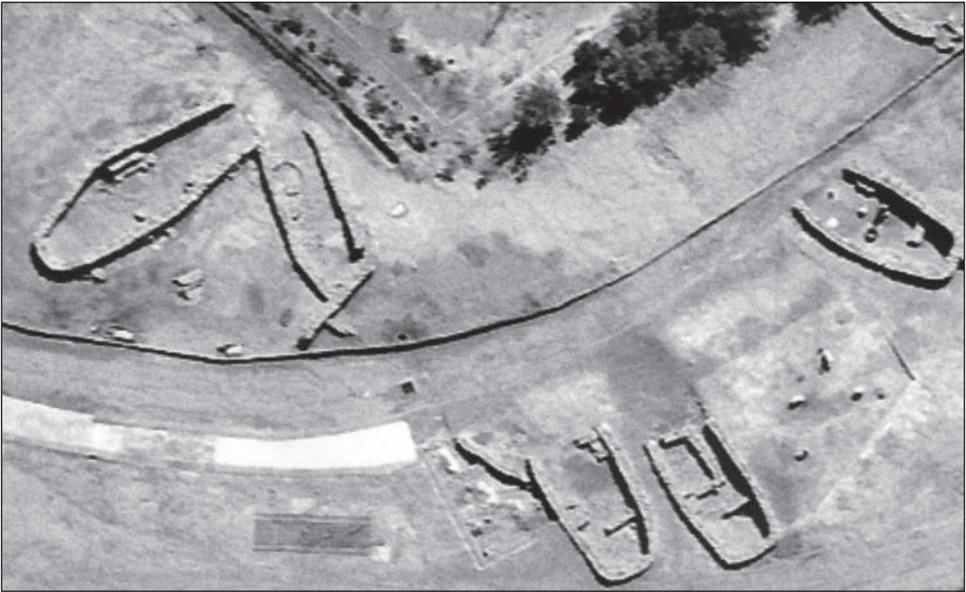


Lámina VIII. Foto aérea del poblado de Los Cipreses (Lorca).



Lámina IX. Casa argárica del poblado de Los Cipreses (Lorca).

exenta, sobre el terreno llano, sin protección de murallas u otros elementos defensivos, lo que hace suponer su dependencia de otro hábitat de mayor entidad, seguramente en los entornos de la actual ciudad de Lorca. Algunas viviendas tenían adosado un cercado para el ganado. La distribución interior ofrece una interesante ordenación espacial, con zona de hogar, banco corrido adosado al muro, área de dormitorio y otra para actividades diversas, como la textil, bien documentada en una de las viviendas. Los muros eran de piedra, formando un potente zócalo, sobre el que se levantaba un alzado de adobe. Las techumbres planas, ligeramente inclinadas para la evacuación de las lluvias, eran de material lúneo mezclado con barro y estaban sostenidas por un entramado de troncos de madera. La mayor parte de las tumbas de Los Cipreses se sitúan fuera de los espacios domésticos, pero muy cerca de sus muros. En enero de 2004 se inauguró en el yacimiento un Parque Arqueológico que lo hace visitable.

Según los datos arqueológicos de Lorca, este tipo de hábitat debió ser frecuente en esa zona del valle del Guadalentín. El Rincón de Almendricos, también en el término municipal de Lorca, aunque más alejado, presenta características semejantes. Ambos carecen de sistemas defensivos, tienen escasa entidad demográfica y parecen estar relacionados con otros núcleos de población más importantes, con los que tendrían una relación de interdependencia. Se trata de un tipo de hábitat esencialmente rural, disperso por las zonas más aptas para el cultivo, que carecen de ordenación urbana. La presencia en El Rincón de Almendricos de una pequeña obra para la conducción de agua parece indicar una adecuación para los cultivos hortícolas, circunstancia que se repite en la Loma del Tío Ginés (Puerto Lumbreras), también situado en llanura.

La ciudad de Lorca está situada en un lugar privilegiado del valle del Guadalentín, al pie de un espolón rocoso que estrangula el curso del río y a partir del cual éste cambia su trayectoria NW-SE por otra W-E. En los últimos años, numerosas excavaciones de urgencia han proporcionado datos fehacientes de la existencia, en el mismo lugar que hoy ocupa el casco antiguo de la ciudad, de un importante poblamiento prehistórico, al menos desde el Neolítico final, muy intenso en la Edad del Bronce.

El asentamiento argárico detectado en la calle Madres Mercedarias de Lorca ha ofrecido la que probablemente sea la secuencia cronológica más interesante hasta la fecha en esa zona del Guadalentín, con varias dataciones absolutas que permiten estimar el tránsito del Calcolítico al Bronce antiguo. La fecha 2283 Cal. B.C. de un hogar del yacimiento argárico de Madres Mercedarias en el que apareció «una acumulación de carbones, semillas carbonizadas y cantos rodados de tamaño similar; estos últimos pudieron haber sido empleados para calentar líquidos», según A. Martínez, parece señalar una fase temprana argárica, posiblemente de los inicios de la implantación de esta cultura en el ámbito lorquino. Sabemos que en el mismo solar aparecieron todos los elementos del llamado horizonte campaniforme, y también niveles argáricos (con una inhumación doble), aunque no poseemos información más precisa sobre la asociación o no de la datación absoluta a los materiales campaniformes.

Una datación procedente del Corte 5 de la C/ Rubira, 12, es también de evidente interés para valorar el desarrollo estratigráfico del casco urbano de Lorca como yacimiento arqueológico. En esta intervención se diferenciaron un total de 17 estratos, que incluyen abundantes restos de un cementerio islámico y varias tumbas de época ibérica. La fecha

procede de la evaluación de muestras extraídas del Estrato XII, formado por un conjunto de tierras anaranjadas compactas, con adobes endurecidos y acumulación de carbones, que conforman lo que parecen ser los restos de un hogar. Para entender el contexto cultural de ese hogar hay que tener en cuenta que el Estrato XV tiene ya unas cerámicas de pastas amarillas y otras tratadas con almagra que su excavador paraleliza con las de La Salud y El Capitán<sup>38</sup>.



Lámina X. Vitrina del Museo Arqueológico Municipal de Lorca, con cerámica argárica.

A la luz de los últimos años de investigación arqueológica en la ciudad de Lorca, podemos deducir que el espacio que hoy ocupa el área urbana y su periferia, especialmente las tierras situadas a ambas orillas del Guadalentín, fueron intensamente ocupada durante la Edad del Bronce por grupos que se asentaron en pequeños caseríos, esencialmente de carácter agrícola, de los que puede servir de ejemplo el pequeño asentamiento de Los Cipreses, sin descartar la presencia de una población de mayor entidad situada en las ele-

38 Martínez, A. (1990): «Aportaciones a la secuencia histórica de la Ciudad de Lorca». *Lorca. Pasado y Presente. Aportaciones a la Historia de la Región de Murcia*. Lorca, pp. 71-86; Eiroa, J. J. y Lomba, J. (2001). «Dataciones absolutas para la Prehistoria de la Región de Murcia. Estado de la cuestión», *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 13-14, 1997-1998 (publicado en 2001), Murcia, pp. 81-118.

vaciones ocupadas hoy por el casco urbano, en torno al cerro del castillo. Esta densidad de ocupación se explica, sobre todo, por las especiales condiciones del terreno irrigado por el Guadalentín, propicias a una intensa explotación agrícola, cerealista y hortícola.

También el poblado fortificado del Barranco de la Viuda, situado a pocos kilómetros de la ciudad de Lorca, es un interesante yacimiento argárico que ha aportado nuevos datos sobre la ocupación del valle del Guadalentín durante la Edad del bronce. Se trata de un poblado situado en las estribaciones serranas del noreste de Lorca, dominando un buen tramo del valle, con amplias tierras de explotación agrícola y zonas de media altura para la cría del ganado. Se trata de un poblado de grandes dimensiones, con evidencias abundantes de estructuras de viviendas y una importante defensa en la zona más desprotegida que da cara al valle, con una potente muralla pétreo de considerables dimensiones. La cronología que se apunta es de una fase de plenitud de El Argar murciano, hacia mediados del II milenio a. de J.C. Lamentablemente su excavación se ha debido a una urgencia, por lo que los datos son aún bastante incompletos. El Barranco de la Viuda, junto al Rincón de Almendricos, Los Cipreses, Pino del Real, La Alcanara y La Campana son poblados argáricos considerados «de llanura» en Murcia, aunque en el caso del primero, su situación elevada en una loma predominante sobre el terreno circundante, haga dudar de esta afirmación. La muralla del Barranco de la Viuda quedaría plenamente justificada por su falta de protección natural si hubiera estado situado en un enclave serrano, defendido por escarpes.

En la Loma del Tío Ginés (Puerto Lumbreras), los trabajos arqueológicos de urgencia, dentro del proyecto de protección y conservación de las evidencias descubiertas en las variantes de Puerto Lumbreras de la Autovía del Mediterráneo (tramo Puerto Lumbreras-Baza), han documentado un importante poblado argárico que se sitúa en el campo meridional de Lorca, en una pequeña loma, a unos 500 m de altitud. En 1980 se descubrieron dos unidades de habitación y dos tumbas, una de ellas muy singular al estar compuesta por dos tinajas contrapuestas, delimitadas por una estructura pétreo (fosa); la otra, una fosa ovoide cubierta por una estructura tumuliforme de piedras. Por los datos recuperados, parece tratarse de un pequeño asentamiento dedicado al cultivo herbáceo de secano con barbecho. Hay evidencias de *Vicia faba*, *Vicia ervilia/sativa*, cebada, trigo y avena. La estratigrafía, bastante homogénea, parece poner de manifiesto una única y dilatada fase. Su cronología apunta hacia un momento de apogeo del poblamiento argárico del campo de Lorca, hacia mediados del II milenio a. de J.C.<sup>39</sup>

En este contexto cultural de la Cultura de El Argar, el ritual funerario está bien documentado, con numerosas evidencias de enorme interés. Las tumbas argáricas en urna suelen contener, generalmente, restos infantiles. Eran situadas horizontal o verticalmente y sujetadas con diversos contrafuertes pétreos que aseguraban su equilibrio e inmovilidad. Algunas tienen tapaderas de cierre, bien una losa pétreo, como en Los Cipreses de Lorca, o de pizarra, como en El Rincón de Almendricos, o bien otro contenedor cerámico, completo o fragmentado, como vemos en la tumba 7 de Los Cipreses o en la tumba 6 de Madres Mercedarias de Lorca. Pero en otras ocasiones las urnas carecen de tapadera, como vemos en los enterramientos infantiles de Bajil, fuera ya del ámbito lorquino. En el yacimiento urbano de la Calle Zapatería de Lorca apareció un enterramiento en dos urnas afrontadas,

39 Martínez, C.; Ramos Millán, A. (1995): «Loma del Tío Ginés o Barranco de las Cuevas (Puerto Lumbreras)». *VI Jornadas de Arqueología Regional*. Murcia, pp. 14-15. Murcia, pp. 147-193.

conteniendo restos de un neonato y un individuo juvenil. El enterramiento en doble urna parece ser característico de grandes poblados, como La Bastida de Totana o el propio El Argar. En Murcia conocemos este tipo de enterramiento en Cañada de Mena (La Hoya), Barranco de la Viuda (Lorca) y Loma del Tío Ginés (Puerto Lumbreras).

Las urnas funerarias de Murcia presentan formas generalmente globulares y ovoides y su tamaño está adecuado a las dimensiones del difunto.

Excepcionalmente pueden darse casos de enterramiento en doble urna, que suelen hallarse en los grandes poblados argáricos, como El Argar. En Murcia conocemos este tipo de sepultura en La Bastida de Totana, en Lorca y en otros centros del alto Guadalentín, como Cañada de Mena (La Hoya), Barranco de la Viuda (Lorca) y Loma del Tío Ginés (Puerto Lumbreras).

En el Valle del Guadalentín se percibe una preferencia por el enterramiento en urna, en la fase plena y reciente de El Argar, en contraposición con los altiplanos granadinos, donde parecen predominar los enterramientos en fosas.

Por fin, debemos mencionar un tipo de sepultura que ha sido definida como conmemorativa, puesto que no contiene resto humano alguno. Han sido identificadas en los hallazgos de la calle Zapatería de Lorca (el «cenotafio nº 11»), que contenía un interesante ajuar funerario compuesto por: una vasija forma 5, un puñal de seis remaches y huesos de la pata de un ovicáprido joven, conociéndose otros casos en La Bastida de Totana, El Rincón de almendritos y Cerro de las Viñas. Fuera de Murcia este tipo de tumba se documenta también en Gatas (Almería). Aunque se le ha atribuido un carácter conmemorativo, tal vez no debía descartarse la posibilidad de que fuese el ajuar de una tumba no identificada<sup>40</sup>.

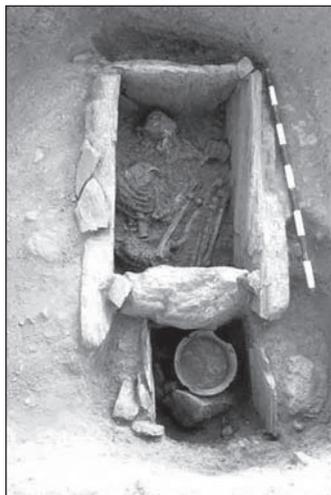


Lámina XI. Enterramiento en cista nº 9 de Los Cipreses (Lorca).



Lámina XII. Enterramiento doble en cista, de la Calle Mercedarias (Lorca).

40 Martínez, A., Ponce, J., Ayala, M.M. (1996): *Las prácticas funerarias de la Cultura Argárica en Lorca, Murcia*, Consejo Municipal de Cultura y Festejos, Lorca.

Los enterramientos en fosas y covachas son menos frecuentes en Murcia. El tipo de enterramiento en fosa está documentado Cerro de las Viñas y El Rincón de Almendritos (Lorca) y en Bajil (Moratalla). Y las inhumaciones en covachas se conocen en Zapata, donde se documentan tres situadas en cavidades naturales de pequeñas dimensiones, Cerro Negro de Jofré (Zarcilla de Ramos), donde se conoce una orientada al sur, y en el Cerro de las Víboras de Bajil, donde antes de las intervenciones oficiales excavadores clandestinos saquearon una covacha situada en la ladera norte del poblado. La covacha en cuestión fue identificada, realizándose en ella una minuciosa limpieza, que no ofreció resultados significativos.

Estas covachas son pequeñas cavidades naturales, generalmente próximas a los lugares de habitación. No conocemos, por el momento, el tipo de enterramiento en covacha excavada artificialmente. Las cistas de mampostería se documentaron en Cerro Negro de Ugéjar (Ramonete), Bajil y en el casco urbano de Lorca.

## 7. EL PARQUE ARQUEOLÓGICO DE LOS CIPRESES (LORCA)

Debemos hacer mención a uno de los ensayos más afortunados en la región de Murcia de puesta en valor social de un yacimiento arqueológico prehistórico. Se trata del yacimiento argárico de Los Cipreses (2200-1500 a.C.), situado a las afueras de Lorca, a unos 6 kilómetros de la población, junto a la autovía a Granada y dentro del recinto del Polideportivo Municipal «La Torrecilla», donde se han musealizado seis plantas de casas argáricas y trece enterramientos de la misma cultura<sup>41</sup>.

Se accede al parque desde la autovía AE-7 / E-15 dirección a Granada, tomando la salida 587 del Hospital Rafael Méndez. En el primer cruce hay que desviarse a la izquierda hasta llegar a una rotonda, en la que se deben seguir las indicaciones que señalan la dirección al Polideportivo Municipal de Lorca. Desde allí, nuevas señalizaciones indican la dirección al Parque Arqueológico.

Se trata, como ya se ha dicho, de un pequeño poblado argárico de los denominados «de llanura», posiblemente dedicado a tareas agrícolas y ganaderas. Está compuesto hoy por seis plantas de casas, trece tumbas en el exterior de las casas y una casa argárica reconstruida según los resultados que la excavación ha aportó, con su mobiliario y ajuar interior.

El yacimiento fue excavado entre los años 1992 y 1999, bajo la responsabilidad del Museo Arqueológico Municipal de Lorca. Las primeras excavaciones se realizaron por la vía de urgencia entre 1992 y 1993, después de que unos trabajos de acondicionamiento en el Polideportivo Municipal de Lorca alteraran gran parte del yacimiento, con un desfonde para realizar una zanja de más de cien metros de longitud que alcanzaba hasta tres metros

---

41 Martínez Rodríguez A., Precioso Arévalo M.L., Medina Ruiz A.J., García Sandoval J. y Ponce García J. (2004): «La musealización de un yacimiento prehistórico: El Parque Arqueológico de Los Cipreses. Lorca (Murcia)», XV Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueológico de la Región de Murcia. Murcia, pp. 155-157; García Sandoval J., Martínez Rodríguez A., Ponce García J. y Precioso Arévalo M.L. (e.p.). «La investigación, consolidación y restauración de un yacimiento de la Edad del Bronce: Los Cipreses. Lorca (Murcia). Un ejemplo de cómo abordar los problemas de degradación», IV Congreso Internacional Restaurar la Memoria. Arqueología, arte y restauración celebrado en Valladolid, durante los días 12 a 14 de noviembre de 2004.



Lámina XIII. Casa argárica del poblado de Los Cipreses (Lorca).



Lámina XIV. Maqueta de una casa argárica del Museo Arqueológico Municipal de Lorca, basada en una casa de Los Cipreses.

de anchura, y que seccionaba el yacimiento en sentido este-oeste. A partir de 1995 las intervenciones arqueológicas pasaron a ser sistemáticas, formando parte de un proyecto de investigación. Los trabajos de campo permitieron documentar parte de un poblado sin ningún tipo de construcción defensiva, ubicado en un piedemonte, donde se excavaron restos de varios espacios domésticos y varias sepulturas<sup>42</sup>.

La construcción del Parque surgió a instancias de la Concejalía de Empleo del Ayuntamiento de Lorca y el Servicio Regional de Formación y Empleo, entre noviembre de 2002 y octubre de 2003, poniendo en marcha el proyecto de puesta en valor y musealización del yacimiento arqueológico de Los Cipreses, a través de un programa de Taller de Empleo, con financiación del Fondo Social Europeo y del Ayuntamiento de Lorca. El Parque Arqueológico de Los Cipreses, de propiedad municipal, se inauguró en enero de 2004.

En el área que acceso al Parque se ha recreado la vegetación de la Edad del Bronce en el Sureste peninsular, según la información arqueológica disponible.

El parque puede visitarse en un recorrido no muy largo, durante una hora aproximadamente, deteniéndose en las plantas de casas y en las tumbas argáricas excavadas y, sobre todo, en la casa argárica reconstruida.

Al final del recorrido hay un área didáctica, junto a la casa argárica reconstruida, dedicada al ritual funerario argárico y otra a la importancia del cereal y su manufactura en la prehistoria<sup>43</sup>.

En las cercanías hay una zona de recreo, situada en una terraza inferior a la del parque, para el descanso después de la visita, acondicionada con mesas, elementos de recreo y aseos, dispuestos en un área con sombra.

La visita al Parque puede completarse con un recorrido por las espléndidas salas dedicadas a la cultura argárica del Museo Arqueológico Municipal de Lorca, dónde se muestran las piezas más significativas de este yacimiento y de otros de la región.

Durante el año 2005 el Parque Arqueológico registró más de 12.000 visitantes directos.

Existe, además, una página web [www.parquearqueologicoloscipreses.com](http://www.parquearqueologicoloscipreses.com) desde la que puede realizarse una visita virtual, con buena documentación gráfica e información arqueológica. La responsabilidad de las visitas y de la página web son del Museo Arqueológico Municipal de Lorca.

Esta actuación municipal sobre un yacimiento arqueológico relativamente modesto ha demostrado que, con una inversión razonable, puede realizarse la puesta en valor social del patrimonio arqueológico para obtener, casi inmediatamente, una rentabilidad cultural extraordinaria, poniendo al alcance de la ciudadanía unos vestigios que resultan más que ilustrativos del pasado prehistórico de la población.

---

42 Martínez Rodríguez A. y Ponce García, J. (2005): «Evidencias de la metalurgia argárica en Lorca: el enterramiento de un hombre del poblado de Los Cipreses (Lorca, Murcia)», *Patrimonio minero de la Región de Murcia*. Murcia, pp. 29-37. Precioso Arévalo M.L.; Martínez Rodríguez A. y García Sandoval J. (noviembre 2003). «La musealización de un yacimiento prehistórico: el parque arqueológico de los cipreses (Lorca, murcia)»; *Revista Arqueomurcia*, nº 1. Noviembre 2003.

43 Martínez Rodríguez, A.; Ponce García, J. (2004): «Actividades didácticas en el Museo Arqueológico Municipal de Lorca: Visitas y Talleres», *XII Jornadas de los D.E.A.C.* Salamanca, pp. 259-266.